The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

698.2
R672m

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014900832

MUNDO AL REVES

PQ7797
.R5275
M8
1937

HERMELINDO ROCHA

MUNDO AL REVES

COMEDIA DRAMATICA

en cuatro actos, dos cuadros
y un prólogo

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

EDITORIAL TOR
Dirección, Administración y Ventas: C. PELLEGRINI 62
Depósitos y Talleres: RIO JANEIRO 760
BUENOS AIRES

C.

A mi patria

396837

AL LECTOR

Esta modesta obra ha sido escrita obedeciendo a la prédica diaria y a las exigencias generales de la opinión pública, que en toda forma y en todos los tonos, han encarecido la necesidad de reaccionar en el teatro nacional, elevándolo a la altura correspondiente, a fin de convertirlo en alta cátedra de enseñanza moral, honesta, patriótica y humanista.

Por consiguiente; creí de mi deber como ciudadano, contribuír con mi granito de arena a esa patriótica tarea, e hice, desde luego, todo lo humanamente posible para colocar este trabajo dentro de las orientaciones exigidas por la opinión general; es decir, que fuera una verdadera cátedra para los unos o para los otros.

Y bien, no obstante estos antecedentes, que son de suyo muy importantes y que debieron ser tenidos muy en cuenta en la hora del estreno, resultó todo lo contrario, puesto que, no hubo consideración alguna, ni benevolencia, ni siquiera educación, al juzgar los méritos o desméritos de este trabajo. ¡Y qué cosa rara! los mismos que lo habían exigido, eran los que se encargaban de impedir su

representación teatral, organizando de antemano una verdadera patota para destruirlo en su debut: críticos teatrales de los diarios; autores, actores, cómicos sueltos desocupados, y muchos otros, que hicieron causa común con el más degradante espectáculo de incultura que jamás haya contemplado Buenos Aires.

Los que así procedieron, se olvidaron que se hacía el mejor elogio de la obra, desde que, se le reconocía con anticipación conceptos superiores indiscutibles, fuera del alcance intelectual de los críticos vulgares, desde luego, y que era capaz de levantar roncha, como en efecto ha ocurrido.

Si la obra no valiera nada, es evidente que estos señores críticos ni siquiera se hubieran tomado la molestia de hacer todo lo que han hecho con tanta mala voluntad, ¡había que descontar, desde luego, que los intereses creados serían defendidos!

Pero, con todo, les estoy reconocido, porque han dado prestigios a mi trabajo; y, sean cuales fueren las opiniones individuales, la obra está nacida; nada ni nadie impedirá su difusión por otros medios, y que, haciendo la cátedra patriótica y constitucional que se ha exigido, lleve a conocimiento del país, el convencimiento de que se cumple al revés los principios esenciales de promover el bienestar general.

El hecho de que haya llevado a escena teatral cuestiones tan importantes de actualidad, responde a que yo considere al teatro como el medio más adecuado y eficaz, para impresionar gráficamente los espíritus, con casos de inhumanidad al margen constitucional; pero, con el sincero propósito, naturalmente, de conseguir que los corazones argentinos no sean tan duros, y se ablanden y se abran un poco al cariño de las grandes cosas que signi-

fiquen: *amor, sinceridad, patriotismo... humanidad!*

No debemos cerrar los ojos y la conciencia, por otra parte, a la evidencia de que todos somos miembros de una misma familia; que constituimos factores indispensables para la coexistencia social, primero, y para estimular la prosperidad general después; y que, de cualquier manera que nos miremos, tratemos o acechemos, nos interdependemos necesariamente para hacer la riqueza o felicidad de cada uno; y luego, la riqueza o felicidad de la Nación.

EL AUTOR.

PRIMER ACTO

EN LA VIOLETA

Guarida de humildes provincianos en Buenos Aires, comen una sola vez al día y por esta circunstancia se les llaman unitarios. En la pieza hay dos camas de hierro, armadas, con sus cobijas necesarias, una mesa central de comedor, grande para seis, un armario para guardar platos, etc.; estantes improvisados para guardar libros de estudio, un tanto desordenadamente; una guitarra y varios cuadros colgados: Sarmiento, Belgrano, San Martín, Mitre, Roca, Vélez Sársfield; algunas sillas de paja para sentarse, un taburete viejo comprado en un cambalache y un banco de madera, largo. En el frente, sobre la pared, hay un letrero que dice: «Aquí viven los unitarios de La Violeta».

Se festeja con una comida extraordinaria, fuera de costumbre, la terminación de los estudios de todos los muchachos y porque regresan a sus respectivos hogares, se deshace «La Violeta», después de seis años de convivir alegres y felices, no quedando más que el recuerdo de la guarida humilde de los provincianos en Buenos Aires.

La comida extraordinaria, es costeada exclusiva-

mente por el correntino Severo Rodríguez, que es el único que está empleado, gana $ 150 m. n., mensuales, en la aduana, y siempre tiene pesitos ahorrados, para alguna farrita entre los compañeros.

Los compañeros de La Violeta, son: Gerardo Meana (cordobés); Severo Rodríguez (correntino); Ezequiel Loria (sanjuanino); Lucio López (tucumano); Manuel Contreras (entrerriano); y Juan López Figueroa (salteño).

ESCENA I

MEANA—(*Está arreglando su cama*); LORIA — (*plancha su pantalón*); LOPEZ — (pone la *mesa, platos, cubiertos, copas*); CONTRERAS — (*En la cocina, haciendo bifes a la criolla*); y FIGUEROA — (*barre la guarida con una escoba que la tiene en la mano*).

MEANA—¡Por fin! Hemos terminado nuestras carreras. Yo no veo la hora de regresar a mi casa para abrazar a mis padres.

LORIA — ¡Y qué suerte hemos tenido todos los de La Violeta! Ninguno queda rezagado, aún el pobre Severo, haciendo un verdadero esfuerzo de trabajar y estudiar al mismo tiempo, ha conseguido salir airoso, con muy buenas clasificaciones.

LOPEZ — Y él ha querido a todo trance, que festejemos en forma extraordinaria nuestra terminación y nuestra despedida de La Violeta; no sé qué idea tiene; lo cierto es que anda muy contento, y no ha querido que nadie contribuya con un solo centavo, para la comida extraordinaria de hoy.

FIGUEROA — ¿Qué propósitos tendrá? A mi me dijo, voy hasta el almacén de la esquina, a buscar unos fiambres para la cena de esta noche, y nada noté de extraño en él.

MEANA — ¡Bah! ¿Qué de particular tiene esto?, cuándo él siempre ha costeado de su propio peculio todas las comidas extraordinarias.

LORIA — Sí; tiene mucho de particular, porque en lugar de estar triste porque nos vamos, deshaciendo La Violeta, él está muy contento, con una alegría indescriptible, y quiere que festejemos nuestra despedida con una farra infernal, embriagadora, por eso desea que tomemos vinos exquisitos y hasta champagne espumante...

MEANA — ¡Caracoles! ¿Conque hasta champagne vamos a tomar? ¡Qué bolada, muchachos! La verdad es que el correntino... (*todos se acercan al centro de la pieza*) ha sido siempre muy noble y generoso; jamás en seis años que hemos vivido juntos tomando café con leche y comiendo una sola vez al día, lo hemos visto negar nada a nadie, y con una sonrisa cariñosa dice que sí, a todo lo que se le pide. Es un compañero excelente.

LORIA — ¡Fíjense, muchachos! (*todos demuestran curiosidad*). Un día del año pasado, recibo una carta de mi madre, en la que me decía que estaba enferma de bronconeumonía, y que no tenía recursos para comprar remedios; le mostré a él esta carta de mi madre con la pena consiguiente, y en seguida, se fué a vender su sueldo a un usúrero, y me lo dió, para que se lo girara telegráficamente. Y bien, hasta hoy, no le he podido devolver, y él nunca me lo ha reclamado; al contrario, un día le recordé mi deuda y mi deseo de abonárselo a la brevedad posible; me contestó: «No te aflijas, Loria, por tan poca cosa; ya ganarás honorarios y entonces, si te acuerdas, bien; y si no, también; tan amigos y compañeros como antes y como siempre; yo no quiero que pesos más o menos, pueda algún día entibiar nuestra buena amistad de tantos

años, por el contrario, debemos desear que perdure a través de toda la vida.

Meana — Un día veníamos juntos; él acababa de cobrar su mes de sueldo, y nos tropezamos en el camino con una señora que lloraba amargamente. Nos aproximamos a ella, para interrogarle sobre los motivos de su desesperación, y nos relató que su esposo, era un industrial honesto, de muchos años de trabajo y que, no habiendo podido pagar una cuenta de inmediato, lo mandaron a la quiebra. «Fué tan mortal este golpe, que mi pobre marido, desesperado, sufrió un ataque de parálisis, y aún, lo tengo, en cama, sin poder trabajar, y yo, con mis 5 hijos, en la miseria, sin tener qué comer». Inmediatamente nos fuimos con el correntino y la señora, y comprobamos este doloroso caso. Severo, indignado, le entrega a la señora toda su platita que acababa de cobrar.

LORIA — ¿Y vos, cuánto le distes?

MEANA — Yo también le dí todo lo que tenía, $ 3.40; pero el correntino, se constituyó desde ese momento, en tutor de la familia; ubicó a tres hijos a $ 10 cada uno, y él, a su vez, le pasaba mensualmente lo que podía.

LOPEZ FIGUEROA — La verdad que es de buen corazón Severo. ¡Cómo lo vamos a extrañar y cómo nos vamos a extrañar todos!

MEANA — ¡No es para menos! 6 años de convivir juntos, con alegría y buen humor, deja huellas imborrables en los espíritus. Nunca hemos tenido desacuerdos de ninguna especie. La Vivienda fué administrada por turno, por cada uno, con mucho cariño, y francamente creo que nos hemos querido como verdaderos hermanos.

LORIA — Y, a Severo, le debemos respetar como a un hermano mayor, o como a un padre; ¡fué tan

bueno con nosotros! que.....

CONTRERAS — (*entra con pasos acelerados*) ¡Bueno, muchachos! ya están listos los bifes a la criolla...

LOPEZ — Y la mesa está también lista.

MEANA — Esperemos a Severo, que ahora no más cae (*y dándose vuelta*) ¡ahí está!

ESCENA II

SEVERO — (*Entra en escena, cargado con una canasta en una mano, y en la otra, varios paquetes, trae: fiambres surtidos, dulces de varias clases, un gran salame de Milán, colgado de la canasta, y varias botellas de vino tinto y de champagne, una lata de sardinas y otras conservas...*

MEANA — ¡Hola, Severo! Te saludamos con un...

Hip, hip, hip... Hurra!!!

Hip, hip, hip... Hurra!!!

Hip, hip, hip... Hurra!!!

SEVERO — ¡Por La Violeta, muchachos

Hip, hip, hip... Hurra!!!

Hip, hip, hip... Hurra!!!

Hip, hip, hip... Hurra!!!

(*Se coloca en la cabecera de la mesa, y empieza a descargar el canasto*). Aquí traigo de todo un poco: fiambres surtidos, algunas empanadas a la tucumana, conservas, dulces, vinos, cigarros...

MEANA — ¡Pero querido Severo! ¿Por qué te has puesto en tantos gastos?

SEVERO — ¡Qué gastos ni qué nada! Hoy es un día feliz para La Violeta, para los unitarios. Ya somos hombres capacitados para hacer bien a nuestro país, a nuestras queridas provincias. ¿Por qué,

entonces, no festejar este día como se merece, si será un día memorable, en los anales históricos de... nuestra querida Violeta?

(*Empiezan a comer*).

LOPEZ — ¡Ah! Si es así, tienes razón, Severo. Hemos vivido tantos años juntos, nos hemos apreciado y querido como buenos compañeros, bien vale la pena, pues, esta farrita final de despedida, que será imborrable en nuestros corazones por todos los años de la vida.

(*Siguen comiendo*)

CONTRERAS — (*con delantal blanco y bonete de papel, hace las veces de cocinero, trae la fuente con los bifes*). Aquí están los bifes a la criolla, me salieron muy especiales, de chuparse los dedos (*y se sienta a la mesa*).

CONTRERAS — La verdad es que el recuerdo de esta hermandad, nos debe hacer pensar mucho, muchísimo, sobre los buenos sentimientos practicados en La Violeta.

LORIA — Sobre todo, para pensar que habiendo dejado de ser discípulos, vamos a ser maestros, debidamente capacitados, para imponer con propiedad a los nuevos discípulos, estas enseñanzas de La Violeta, que tanto dignifican la moral y el carácter de los hombres...

(*Siguen comiendo*).

SEVERO — ¡Yo! ¿Qué les puedo decir, muchachos? Debía estar triste, muy triste, porque nos desparramamos y porque nunca más nos vamos a juntar; pero por grande que sea nuestra tristeza, nos debemos acordar de la otra de nuestras provincias, que viven pobres y desoladas; con jóvenes conscriptos de 20 años, rechazados en un 60 por ciento por debilidad fisiológica. Prefiero mil veces que

ahoguemos la nuestra, con tal de que, cuanto antes, nos fuéramos a ocupar nuestros respectivos puestos de combate, para luchar encarnizadamente contra el hambre y la pobreza franciscana de 100 años atrás; hasta conseguir (*con arrogancia*) que el marcador fatídico de la vergüenza nacional, baje a 0°.

MEANA — ¡Tienes mucha razón! Debemos ahogar nuestra propia tristeza, para que, cuanto antes, ahoguemos la otra de las provincias; sobre todo, que constituye (*muy apenado*) ¡algo que no tiene nombre!

SEVERO — (*apenado y con indignación*). ¡Sí! es algo que avergüenza, o mejor dicho, (*con arrocancia*), es una vergüenza sin nombre! Y hay que decirlo bien claro y bien fuerte, para que todo el mundo lo sepa, aunque se enojen los señores ministros de gobiernos de las provincias, ¡qué le vamos a hacer!, nosotros, los unitarios de La Violeta, no debemos ser para el país, ni para nadie... ni falsos ni farsantes; al pan, pan; y al vino, vino. (*ché, servíme vino...*)

SEVERO — (*Siempre con entonación*) ¡Pero, qué diablos! ¿Qué hacemos con desesperarnos tanto con esta vergüenza del hambre de las provincias, cuando, desgraciadamente, hay otras peores que también avergüenzan a todo el país? Vivimos y marchamos completamente al revés de lo que debe ser. Los hombres públicos de la época, poco o nada se preocupan de los intereses generales. La prueba lo tenéis en el Senado que en 12 años, no ha tenido una iniciativa de interés general; ¡bonita manera de representar los intereses públicos!

MEANA — Lo que quiere decir, que las páginas de la historia nacional han quedado en blanco durante 12 años, sin ninguna digital impresa. ¡Po-

bre Don Juan Pueblo! ¡Cualquiera diría que el país marcha al día... que no hay problemas qué resolver!

SEVERO — ¡No! Lo que cualquiera diría es que el Senado está durmiendo la siesta y hay que despertarlo a la realidad de los problemas económicos.

CONTRERAS — ¿Y qué me decís, Severo, de los diputados, que por defender intereses subalternos de comité, se han olvidado de los intereses superiores de la Nación... dejando al país sin presupuesto, o bien, sancionando uno desorbitado, no obstante estar el país en plena crisis de valores económicos que conducirán a una ruina fatal irremediable, si no se reacciona a tiempo; ¡ellos! (*con entonación*), no sólo no se han dado por entendidos de los clamores públicos y de las necesidades inmediatas, sino que han creído por el contrario, que se vive en la luna... ¡nadando en plata!... y que, por consiguiente, podían despachar, como han despachado suculentamente, un presupuesto colosal que entre pitos y flautas, se ha elevado a (*con entonación*) 1.000.000.000 de pesos! es decir, 100 pesos para cada habitante... (*todos en coro*) ¡qué barbaridad!

SEVERO — Es que ¡ellos! andan también al revés de sus funciones y de sus deberes como nadie!... mirando para atrás en lugar de mirar para adelante!

CONTRERAS — ¡Pero no... Severo! ¡ellos! dicen que deben de mirar previamente para atrás, porque quieren inspirarse «en las virtudes de los hombres que les precedieron!...»

(*Todos en coro echan una carcajada*).

SEVERO — ¡Ah, malhaya fuera cierto! Desgra-

ciadamente, no es así. Miran para atrás, porque quieren andar a la moda, y andar a la moda es hacer todo lo contrario de lo que debe ser... Si se debe hacer una obra patriótica, se hace una antipatriótica; si se debe hacer una humana, se hace una inhumana; si se debe hacer una obra sincera, se hace una farsante o una traicionera; ¡y así va todo! Si se debe trabajar mucho por cosas superiores, se prefiere perder mucho tiempo jugando al pocker o embriagándose con las bacanales. Y naturalmente, ¡ellos!, como directores de la moda, no podían fallar en esta cuestión del presupuesto, y en lugar de hacer una obra patriótica poniendo en práctica el criterio administrativo de aquel gran Presidente Argentino, que se llamó Nicolás Avellaneda, (*con entonación*) «a grandes males... grandes remedios, ahorrando sobre el hambre y sobre la sed de la población, como lo hiciera históricamente», ¡ellos! han hecho al revés la práctica de este criterio... «a grandes males... (*con mucha entonación sarcástica*) grandes gastos!... grandes aumentos!...»

MEANA — De manera que para andar a la moda, hay que ser antipatriótico, falso, traidor e inhumano.

SEVERO — Exactamente...

MEANA — ¡Pero, caracoles! ¡esto es sencillamente extraordinario! ¡Nunca hubiera creído, que se hubiese llegado a extremos tan repugnantes para la conciencia individual y mucho más para la conciencia colectiva...!

CONTRERAS — ¡Qué dirían los hombres del año 10, si tuvieran que actuar de nuevo en el ambiente actual de puro sensualismo y sexualismo inverosímiles!

SEVERO — No sé lo que dirían, pero lo que yo les digo a Vds., es que ¡nada preocupa hoy! ni el porcentaje de rechazados; ni la pobreza franciscana de las provincias; ni las angustias generales del comercio, la industria o de la banca, con quebrantos colosales que superan a 250.000.000 de pesos anuales; ni el juego, que se extiende y generaliza por todas partes, convirtiendo de esta manera al país, en un garito infernal y degradante; ni los quejidos lastimosos de la clase media, hoy cae uno, mañana otro en carrera sin fin..., porque no pueden levantar de inmediato sus embargos...

¿Para qué preocuparse de todas estas cosas; sobre todo para que tomar en serio, la desgracia general de los ganaderos; la de los pobres chacareros y la de tanta gente que cae diariamente en la miseria, por causa de las quiebras, del juego o porque no pueden levantar sus embargos?

(*Siguen comiendo*).

MEANA — ¡La verdad, Severo! Marchamos sin orientación, sin brújula que nos marqué el derrotero, navegamos en noche obscura, arrastrado por corrientes agitadas de angustiosas incertidumbres, sin divisar siquiera el faro que iluminando nuestro recorrido, nos conduzca a puerto de buen abrigo...

SEVERO — Y, para colmo de nuestra desdicha, nuestras mujeres, revoluccionadas por el modisto de París, andan con faldas cortas y desnudeces incompatibles, incitando a los hombres al amor libre..

LORIA — ¡Qué bolada, muchachos! (*se restriega las manos*), ¡el amor libre!...

LOPEZ — ¡Viva el amor libre! (*Todos en coro*). Viva a a a.

SEVERO — (*Se para, pega un puñetazo sobre la mesa*). ¿Cómo bolada? ¿Qué queréis decir? ¿Aca-

so no veis en esto la perversión del pudor y dignidad femeninos? (*con entonación*). ¡Pero muchachos! ¿No veis que sería el acabóse de nuestra personalidad?

Ni el recuerdo de lo que hemos sido quedaría en pie, todo lo tragaría ese vértigo bataclanesco en que se está viviendo. ¡Para qué habrían venido esas malditas bataclanas!

LORIA — Perdóname, Severo; no he querido ir tan lejos, y sólo creía que era una simple cuestión de modas; pero me doy cuenta de la gravedad del asunto, y te prometo que no seré partidario del amor libre...

LOPEZ — Ni yo tampoco...

CONTRERAS — Ni yo...

SEVERO — Muy bien muchachos; ¡una, nada más que una! El que quiera más... que se vaya a Constantinopla!...

CONTRERAS — Es que también allá (*riéndose*) ya no permiten más que una...

SEVERO — ¿Entonces? ¡Bolada para nuestras criollitas! ¡Todo quedaría en casa ¡es lo mejor!...

Bueno... ya que nos despedimos y que cada uno vuelve a su provincia; vos, Figueroa, acuérdate del gaucho Güemes, que solo con sus famosos talaveras, contuvo y puso en jaque al formidable ejército realista; y así, vos, imitando este gran ejemplo, puedes y debes contener la marcha de los que viven y andan al revés de las cosas; vos, sanjuanino, decíles a tus hermosas comprovincianas que nos hagan con todo el sentir del alma, otro Faustino Sarmiento, porque necesitamos mucho de su carácter; vos, Contreras, deciles a tus lindísimas entrerrianas, que necesitamos de otro Caseros y que solamente ellas nos podrían hacer otro Justito Urqui-

za como Dios manda; vos, López, deciles a esas tucumanas de ojos negros, que no se olviden de nosotros y nos hagan otro Juan Bautista Alberdi, porque el humanismo de las cosas argentinas andan al revés y deján mucho que desear; y demás está decirte a vos Meana, que me les digas a tus simpáticas cordobesas, que no sean tan ingratas, que vuelvan a pensar en el país y nos hagan otro Vélez Sársfield, tan sabio como él, que sea capaz de reconstruir el hogar nacional sobre sus inconmovibles bases indisolubres.....

MEANA — ¿Y vos, Severo, qué rumbos piensas tomar, acaso volverías a Corrientes?

SEVERO — Nó. Yo pienso quedarme en Buenos Aires, porque hay que impresionar el espíritu porteño; es temperamento indiferente y muy rebelde para las cosas superiores; ¡bien vale la pena, pues! de preocuparse seriamente de este porteño...

CONTRERAS — ¿Y lo conseguirás?

LOPEZ — ¿Y cómo no lo va a conseguir si es hijo, ¡nada menos! que de la tierra de San Martín y Alvear?

SEVERO — Yo creo que sí lo conseguiré, aunque es muy bellaco el potro redomón formidable, me tengo confianza; nosotros los correntinos somos jinetes de profesión, y nos gusta probar nuestras hazañas, en una fiesta donde se encuentre el perito nacional Don Juan Pueblo...

MEANA — Entonces te felicitamos desde ya...

SEVERO — Hay que esperar el tiempo. Por ahora (*hace volar el corcho de una botella de champagne, sirve las copas de todos sus compañeros, y agarrando la suya la levanta en alto y dice con entonación*). Mis queridos e inolvidables compañeros de La Violeta: (*todos levantan sus copas*).

Levantemos nuestros corazones a la altura de las

circunstancias, para pensar con amor fecundo en nuestras provincias, que necesitan de nuestro esfuerzo a la brevedad posible, para levantar el ánimo y para matar el hambre que las acongoja...

Sí, ¡muchachos, levantemos nuestros corazones a la altura de las circunstancias para pensar seriamente en el país, que debemos trabajar sin descanso hasta conseguir que todas las cosas vuelvan a su quicio normal, a lo que debe ser: «¡dignas y respetables!»

MEANA — ¡Sí, señor! y debemos jurar, por último, que lucharemos sin tregua para que el derecho a la vida sea respetado en todas partes; por el sincero amor de nuestras criollitas, base angular de nuestra vida moral y de nuestra personalidad colectiva; y por el recuerdo cariñoso de La Violeta y de los unitarios...

(*Todos en coro y en voz baja*) ¡Sí; juramos!...

SEVERO — Y ahora, les doy la noticia agradable de que a mi paso, viniendo para nuestra guarida, he invitado a nuestras vecinitas que durante tantos años han sido muy buenas y atentas con nosotros, para beber con ellas la última copa de champagne... ¡Ahí, llegan!...

ESCENA III

MUCHACHAS — (*Entran en escena cinco, con alegría y buen humor; saludan cariñosamente cada una a su filo, haciendo con él un aparte del brazo*). (*El joven de cada pareja, convida a su compañera con una copa de champagne...*)

MUCHACHA 1ª — (*Dirigiéndose a Meana*) ¿Te acordarás de mí, Meana... de los momentos felices que hemos pasado tantes veces juntitos en los balcones de mi casa?

MEANA — Pero, cómo no, Luisa; nosotros los cordobeses somos querendones y no nos olvidamos así no más de nuestros filos. Te prometo enviarte con cada correo la expresión sincera de mi cariño...

LORIA — (*Dirigiéndose a la suya*). Y yo te hablaré todos los días con la radio... corazoncito..., para decirte que desde tierra adentro te seguiré queriendo con toda el alma...

MUCHACHA 2. — ¡Qué suerte! De manera que puedo seguir creyéndote en que cumplirás la palabra de casarte conmigo; ¡mira que si no me cumples..., tomaré un aeroplano y te iré a buscar!

LORIA. — ¡Encantado, amor mío... te esperaré con los brazos abiertos...

LOPEZ — Y yo, qué puedo decirte, mi querida Lucila; que llevo a Tucumán el recuerdo de tu perfume encantador, cual si fuera el de un pimpollo recién abierto y para que no se marchite, te prometo conservarlo en el invernáculo de mi corazón durante toda la vida...

MUCHACHA 3 (Lucila) — Como buen tucumano, eres bastante poético; pero, de cualquier manera, te ruego que vengas pronto para que me sigas hablando así... cariñosamente al oído, porque palpito que encontraríamos el punto de coincidencia necesario para la felicidad de los dos...

LOPEZ FIGUEROA — Y yo, Blanquita, te manifiesto, que desde Salta, te enviaré las palomitas mensajeras para recordarte los ratitos agradables que hemos pasado en esta guarida de provincianos.

MUCHACHA 4 — Y yo te devolveré las palomitas para que te recuerden, a su vez, que tu Blanquita queda herida de inmenso amor... y que so-

lamente tu regreso puede cicatrizar la herida abierta en mi corazón...

MUCHACHA 5 — ¿Y vos, qué me dices correntino enamorado, peor que Juan Tenorio, acaso pretendes dejarme así no más olvidada en los rincones de esta guarida?...

SEVERO — No, mi vida... yo me quedo en Buenos Aires, para que sigamos buscando el punto de coincidencia de que hablaba Lucila. ¡Pudiera ser! que lo encontrásemos y entonces, querida,... galopearíamos juntos los años de la vida...

Bueno, muchachos, bailemos ahora la última zamba en nuestro bulín de La Violeta...

Vos, Contreras, hacé vibrar tu guitarra.

(*Se baila y se canta la zamba «La Violeta», del mundo al revés, con música original del celebrado autor don Emilio González Ortiz*).

El momento llegó
nos debemos marchar;
Adios Violeta, adiós,
Nunca te he de olvidar.

Nunca te he de olvidar,
Siempre recordaré
Esas horas felices
Que contigo pasé.

Violeta, ay sí, Violeta, ay nó,
Cuántos recuerdos gratos en mi alma llevo yo.

Lejos nos vamos ya,
Bulín de mi querer,
Acaso nunca más
Te he de volver a ver.
Pero no temas, no,

Que aunque lejos esté,
Tu nombre cariñoso
Siempre recordaré.
Violeta, ay sí, Violeta, ay nó,
Aunque me encuentre lejos,
Me recordaré de ti.

SEGUNDO ACTO

Estudio jurídico del Diputado Nacional por Corrientes, doctor Severo Rodríguez, en Buenos Aires, y en su casa particular. Regia instalación; una biblioteca de 3 cuerpos, 2 escritorios ministros, un juego de butacas finas y sofá, ubicado uno en frente del otro; una mesa con una máquina de escribir (desenfundada), teléfono colocado sobre uno de los escritorios, varios cuadros colgados: San Martín, Belgrano, Alberdi y Mitre.

ESCENA I

(*El doctor Rodríguez, sentado en su escritorio, revisa correspondencia*).

PORTERO — (*Se aproxima al Dr. Rodríguez*). Doctor, la señora del doctor Guzmán, cuya tarjeta le envía, solicita ser recibida por Vd. inmediatamente...

Dr. RODRIGUEZ — Muy bien. Hágala pasar...

PORTERO — Pase adelante, señora...

Dr. RODRIGUEZ — (*Sale al encuentro y saluda atentamente a la señora de Guzmán y la invita a tomar asiento en el sofá. Toman asiento*)...

BEATRIZ — (*Se presenta con falda corta hasta*

la rodilla; brazos desnudos, labios y ojos pintados; melena a la garçone y escote un tanto exagerado; medias color carne).

Dr. RODRIGUEZ — Conozco mucho de nombre a su esposo, una verdadera personalidad de nuestro foro, un orador elocuente de la política y de nuestro parlamento...

BEATRIZ — (*Contrariada y con entonación despreciativa*). Está bien todo esto, doctor, pero no es un verdadero jurista, como podría y debiera serlo...

Dr. RODRIGUEZ — ¿Por qué, señora?

BEATRIZ — (*Siempre contrariada y con desprecio*). Porque para ser un verdadero jurista, (*con entonación*) ante todo y sobre todo, se debe ser un buen padre de familia, como lo fueron los antiguos romanos, y él no lo és; para imponer el derecho con justicia, el ejemplo debe acompañar al consejo, y él no lo hace.

Dr. RODRIGUEZ — Por lo que oigo, señora, Vd. está dolorida y en ese caso...

BEATRIZ — (*Despechada*) ¡Sí, doctor! estoy dolorida!... muy dolorida!... Soy una desgraciada!... (*Se pone a llorar*).

Dr. RODRIGUEZ — (*En tono cariñoso*). ¡Cálmese, señora!... y explíqueme su caso... (*observa la desnudez de esta señora, su falda corta a la rodilla, su melena, labios y ojos pintados. Echa una mirada indiscreta a las piernas de Beatriz*).

BEATRIZ — (*Turbada por las miradas indiscretas del doctor Rodríguez, desesperadamente trata de alargar sus faldas cortas, pretende encoger las piernas para meterlas dentro de las faldas, pero inútilmente...*) Lo que me pasa, doctor, es que mi marido, que es colega suyo de la cámara, desde algún tiempo a esta parte, se ha descompuesto totalmen-

te; olvida sus deberes de esposo y de padre. No se preocupa para nada de sus hijos, y todo, por estas malditas bataclanas... por las carreras y el pocker.

Viene todas las noches a las cuatro de la mañana, y sin averiguar si una está viva o muerta, se acuesta a dormir hasta las catorce del otro día.

Dr. RODRIGUEZ — ¿No sabe si ya recurre a la morfina o cocaína?

BEATRIZ — Creo que sí; porque un día encontré en el bolsillo de un chaleco, una jeringuita, y yo, tonta, sin darme cuenta, se la entregué sin llamarle mayormente la atención.

Dr. RODRIGUEZ — ¿No sabe, señora, (*le echa otra mirada más indiscreta a las piernas y brazos descubiertos*) qué motivos pueda tener su esposo, para tanta indiferencia? (*Le mira los labios pintados*).

BEATRIZ — (*Cada vez más turbada por las miradas del doctor Rodríguez, no sabe como colocarse o como taparse sus desnudeces; sobre todo sus piernas, y para salir del apuro se levanta, se pasea por el salón muy nerviosa y con pasos acelerados, hablando sola dice*:) ¡Qué mirar tan impertinente tiene el doctor...! Parece que debe sér muy enamorado y en ese caso...

Dr. RODRIGUEZ — ¿Qué le pasa señora? La noto un poco nerviosa...

BEATRIZ — (*Con cierta altanería*). ¡Sí! estoy nerviosa. (*Se sigue paseando en el salón a pasos acelerados*).

Dr. RODRIGUEZ — Yo también estoy muy nervioso!... (*Echa una nueva mirada provocadora a las piernas de Beatriz*).

BEATRIZ — (*Está encolerizada y nerviosa...*

¡Yo tengo motivo para estar nerviosa!... muy nerviosa!...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Yo también tengo motivos ¡y qué motivos!, para estar no nervioso.., sino excitado!... excitadísimo!... (*echa otra mriada a las piernas...*)

BEATRIZ — (*Con indignación y mucha entonación*)). ¡Doctor! yo he venido a consultarle honestamente sobre mi situación jurídica, y no para que Vd. me esté mirando las piernas; ¿pretende, acaso, hacerles el amor?

Dr. RODRIGUEZ — Evidentemente señora, son tan hermosas sus piernas, me las muestra Vd. tan al descubierto, ¡y todavía con medias color carne!, que francamente, me perturba la imaginación, y no puedo evacuar la consulta jurídica, con la tranquilidad con que la haría San Francisco de Asis.

BEATRIZ — (*Siempre indignada*). Entonces, doctor, perdóneme la molestia que le he ocasionado. (*Le extiende la mano al doctor Rodríguez, quien al tomársela, le dice*:)

Dr. RODRIGUEZ — ¡Cómo! ¿se marcha usted sin mi consejo, ¡yo que tanto deseo dárselo para conseguir su felicidad! ¿no podríamos encontrar algún medio para que yo esté tranquilo, sin belicosidad...?

BEATRIZ — Unicamente que yo me cubra con un diario...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Ah, pero muy bien! Encantado con la solución... (*Toma un diario de sobre la mesa y se lo entrega a Beatriz*).

BEATRIZ — Muchas gracias... (*Alarga sus faldas abrochando con alfileres de gancho, y toman asiento*).

Dr. RODRIGUEZ — (*Al tomar asiento*). Ahora sí, estoy tranquilo...

BEATRIZ — ¡Mucho me alegro! Y bien, doctor, quiero divorciarme de mi marido rápidamente e irme a casa de mis padres...

Dr. RODRIGUEZ — ¿Y los hijos?

BEATRIZ — También me los llevaré.

Dr. RODRIGUEZ — Y si el padre los reclamase para él, entablándole un pleito por la tenencia de ellos y los consigue, ¿se conformaría Vd?

BEATRIZ — No me conformaría.

Dr. RODRIGUEZ — Entonces tendríamos que intentar una reconciliación entre Vds. y reconstruir el hogar cariñoso del primer momento...

BEATRIZ — ¡Sería imposible y fuera de toda oportunidad!...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Pero señora! ¿No le parece que podríamos hacer una tentativa...? Todo dependerá, tal vez, de que cumpla Vd. al pie de la letra las instrucciones que le diera. El caso, indudablemente, se presenta muy difícil...

BEATRIZ — (*Fría y con indiferencia*). No creo que se consiga nada; pero, en fin, ¿qué debería hacer?

Dr. RODRIGUEZ — En primer lugar, revelarse contra los excesos de la moda, porque no se puede admitir honestamente que una señora casada, tan respetable como Vd., y con hijos, se presente ante la sociedad y ande por la calle, con faldas cortas, brazos desnudos, labios y ojos pintados, a extremo, que cualquiera la confunde y le falta el respeto de hecho o de palabra.

BEATRIZ — Vd. olvida, doctor, que soy una mujer honesta, y que, en segundo lugar, es la moda, y lo que es moda.....

D. RODRIGUEZ — Es Vd., señora, la que se olvida, de que no sólo se debe ser honesta, sino que se debe demostrar o aparentar ser honesta; ¿cómo

quiere que no se la confunda, andando como anda, al revés de lo que es honesto? ¿Por qué muestra sus piernas, y todavía con medias color carne? ¿Qué propósitos guían a una señora casada, esta exhibición que no interesa a nadie, sino exclusivamente a su marido? Y si esto es así, ¿por qué excita la mirada del público con esta llamada de atención?

BEATRIZ — Ya le he dicho, la moda.

Dr. RODRIGUEZ — Pero, ¿no se da cuenta que la moda obedece a los caprichos comerciales del modisto de París? ¿No se da cuenta, señora..., que con estos excesos de la moda tan al desnudo, se pervierten los sentimientos del amor..., se imposibilita el matrimonio, se destruye el hogar, la familia, y se va de cabeza al amor libre?...

¿No se da cuenta, señora, qué comienzo necesitan las cosas... hoy muestran Vds. los brazos, mañana las piernas, pasado las espaldas, pechos, etc., etc., y que en esta vorágice de locura bataclanesca en que se está viviendo, se termina en el cabaret o en el hospital, enferma o arruinada con los alcaloides?...

BEATRIZ — (*Indignada*) ¡Oh! ¡no! ¡doctor! ¡Mil veces no! (*Indignada, se pone a llorar...*)

Dr. RODRIGUEZ — (*Con tono cariñoso*). ¡Perdóneme, señora! Tengo que ser un poco severo con el análisis de las cosas; sobre todo, hay que ver claro!... ¡muy claro!... con los ojos bien abiertos, las consecuencias fatales... y, aunque duela el bisturí, hay que soportarlo estoicamente (*con entonación*), ¡no se puede ni se debe tolerar que se juegue tan ligeramente con la felicidad de la vida!

BEATRIZ — (*Se levanta, camina a pasos acelerados y con arrogancia*). ¡Es imposible!... yo no puedo cambiar mis modelos, mis modas... mis

costumbres...!

¿Qué dirán mis amigas y el círculo social que frecuento?

Sencillamente me tomarán para la risa o para la farra, y luego, me despreciarán.....

(*Desesperada*) ¡Qué hacer, Dios mío! ¿Aceptaré o no aceptaré?

(*Desesperada e irresoluta, se vuelve a sentar llorando amargamente y luego, después de un rato...* (*con arrogancia*). Con todo, doctor, no puedo cambiar mis costumbres, ni continuar al lado de mi marido; me siento despreciada, humillada ante la vista de mis hijos, de los sirvientes y de cuantas personas me conocen. ¡Es intolerable vivir así, doctor!... (*Sigue llorando*).

RODRIGUEZ — (*Se pasea por el salón contrariado y desesperado...*) ¡Qué hacer!... ¡sería inaudito!... ¡no se puede consentir en este divorcio!... ¡Sería un hogar menos para la sociedad!.. ¿y los hijos?... (con voz medio ahogada) ¡pobrecitos! abandonados, ¡vaya a saber a que suerte!...

¡Ella! destruída en su pudor y en su vergüenza sexual, se entrega despechada ¡ya se sabe a que fatal destino!...

¡El! a su vez, inconsciente por el vértigo de los alcaloides, ¡porque ya nada le place! ni se acuerda de su dignidad personal y profesional (*con entonación y haciendo con las manos ademán de romper algo*), ¡hace mil pedazos el honor y la conciencia!... ¡que vergüenza!...

(*Sigue paseándose por el salón, contrariado... De pronto se repone, acciona con las manos y con entonación*). ¡Debo hacer necesariamente un gran esfuerzo para evitar este cataclismo que se avecina!

Le hablaré al corazón... le recordaré la socie-

dad... se sacrificará por ella, ¡no lo dudo! aunque sea por su propia vanidad. (*Se aproxima despacio a ella, se sienta a su lado, pasa el brazo derecho sobre el respaldo del sofá y en tono dulcemente cariñoso*).

Dr. RODRIGUEZ — ¡Y bien, señora! (*voz media ahogada*) nuestra sociedad se está destruyendo!... lentamente se está apagando la luz de su existencia!... ¡y pronto!... ¡muy pronto!.... todo quedará reducido a un montón de escombros morales!... ¡ni siquiera!... salvaremos para nuestro relicario metropolitano, las cenizas indispensables para el culto de la tradición o para el culto de la patria...! Para evitar que la sociedad se destruya... (*con pausa y voz medio ahogada*) se necesita que Vd., señora, se sacrifique (*entonación*), salvando su propio hogar!... salvando sus propios hijos!... (*más arrogancia*), salvándose Vd. misma!...

BEATRIZ — (*Angustiana*) ¿De qué doctor?

Dr. RODRIGUEZ — ¡Pero, señora!, de caer en brazos de amor libre... porque entonces, (*con arrogancia*) ¡sería el acabóse de la personalidad individual! (*voz ahogada y temblorosa*) sería tambien... señora! (*mucha arrogancia*) ¡El acabóse de la personalidad colectiva!...

Piense además, señora... (*se detiene y camina despacio hacia su escritorio*), que los hijos no perdonan así no más a la madre, el agravio de los amantes, y que, por lo general, estos agravios perduran a través de toda la vida (*con voz media ahogada*) ¡Piense, señora... todo lo que le he dicho!... (*con voz más ahogada*) ¡Piense mucho... señora!...

BEATRIZ — (*Después de un momento de reflexión, mientras el doctor Rodríguez revisa algu-*

nos papeles, de pie, dice con altivez:) ¡Ya he pensado, doctor! Me ha convencido Vd. con su cariñoso patriotismo; por consiguiente, estoy dispuesta a probarle (*con arrogancia*), que tengo el mismo amor a la Sociedad que Vd. En consecuencia, me sacrificaré por ella, por el cariño de mis hijos, y por mi propia vanidad!

RODRIGUEZ — ¡Y por su marido!

BEATRIZ — ¡Por él, nó! (*con desprecio*) ¡no lo merece!...

RODRIGUEZ — ¿Pero, por qué, señora? (en *tono cariñoso*). ¿Acaso no es el padre de sus hijos, y, como Vd. sabe, los hijos atraen y atan con ligaduras eternas?

Por otra parte, no olvide Vd. que él puede volver al hogar «¡más digno y respetable que nunca!»

BEATRIZ — (*Reacciona fuertemente impresionada por las palabras del doctor Rodríguez, y aproximándose a él*) ¿Cree usted posible que esto ocurra sinceramente?

RODRIGUEZ — Tan cierto y seguro estoy, como el de conversar con Vd. en este comento...

BEATRIZ — Si es así, doctor... si Vd. cree que puede reconquistar a mi marido, no sólo retiro mi demanda de divorcio, sino que le prometo que repudiaré todas las modas y costumbres deshonestas. Por consiguiente, ordene Vd. lo que debo hacer... Le obedeceré ciegamente, ¡bien entendido! con faldas largas, para que no haya belicosidad!...

Dr. RODRIGUEZ — Y bien, señora. Declárreme ahora con franqueza, ¿en qué tiempo se prodigaron Vds. el primer beso de novios? Dígame la verdad..., porque este asunto es muy importante...

BEATRIZ — A los tres días.

Dr. RODRIGUEZ — (*Asombrado*). ¿Cómo dice, señora? ¿A los tres años, querrá decir?

BEATRIZ — ¡Nó, doctor! A los tres días, por andar a la moda.

Dr. RODRIGUEZ — ¡Caramba, señora! Aquí está su grave mal, en haber construído un hogar sobre un beso demasiado efímero... «Este primer beso, la novia no lo debe prodigar sino después de los tres años y siempre... que esté convencida que la chispa del amor está encendida; que se tiembla de pie a cabeza y que se recibe este béso como un éxtasis divino, algo así como si fuera... ¡una bendición del cielo! »

Entonces, la chispa, de súbito se convierte en llamarada, incendia los espíritus y hace vibrar los corazones al unísono de un gran querer... noble y perdurable!...

De aquí, de este beso intenso y cariñoso, no prodigado tan ligeramente, sacó el doctor Vélez Sársfield, su famosa doctrina de la indisolubilidad del matrimonio.

BEATRIZ—(*Arrepentida y voz media ahogada*). ¡Cuánto lo siento, doctor!...

Dr. RODRIGUEZ — ¡No importa! Trate de no prodigar de nuevo este primer beso de la reconciliación que voy a intentar entre Vds., sino después de cinco meses...

BEATRIZ — ¿No le parece mucho... doctor?

Dr. RODRIGUEZ — ¡Pero señora! Recién quería olvidar a su esposo para siempre, y ahora no quiere esperar 5 meses! ¡vamos!... vamos!... señora, no pierda Vd. la línea!

BEATRIZ — (*Cohibida, baja la cabeza, arrepentida*). ¡Perdóneme, doctor! Le prometo solemnemente que no me prodigaré hasta los 5 meses, ¡Merece él este castigo!

Dr. RODRIGUEZ — Mire... que si de nuevo prodiga Vd. un beso efímero, de nada valdrá to-

do nuestro trabajo de «reconstruir su hogar sobre cimientos inconmovibles...» El beso de ahora... será el amor que no morirá...

BEATRIZ—¡No dude, doctor! Comprendo muy bien la importancia y trascendencia de este beso...

Dr. RODRIGUEZ — Y ahora, señora, escuche atentamente las demás instrucciones generales que le doy, y que las debe cumplir estrictamente. (*Con arrogancia*). Revélese con carácter contra estas modas y costumbres irreverentes, que van contra las sagradas escrituras y porque eenojan ¡al Papa! y con razón, desde que arrastran a las mujeres y a los hombres a un profundo abismo de abyección moral, de irreparables consecuencias; empéñese en reconquistar el cariño de su esposo, con el sublime encanto de sus verdaderos atributos femeninos: belleza natural, sin artificios de ninguna especie; elegancia mundana sin exageraciones quebradizas o deshonestas, aún contra el que dirá de la gente, que en nada contribuye a la felicidad de su casa, ¡en ésto! debe ser Vd. inflexible, porque más vale pecar por rastacuer de la moda, que pasar por una cocotte indecente; (*siempre con arrogancia*) «sume y multiplique», los valores que puedan enaltecer o dignificar su sexo o su personalidad; el «coqueteo a su marido», lo debe hacer permanentemente como si siempre estuviera Vd. de novia, «con un pudor muy recatado», aunque tenga que disimu ar muchas veces sus propios deseos; «cuide de la educación de sus hijos», no los deje en manos de sirvientes; «no tenga controversias violentas con su marido», teniendo en cuenta que siempre puede Vd. triunfar, todo se reduce a elegir el momento... en que debe librar la batalla, con éxito indiscutible para Vd!... ¿Me ha comprendido?

BEATRIZ — (*Riéndose*). ¡Sí, doctor, le entiendo!...

Dr. RODRIGUEZ — Le recomiendo también, ponga flores frescas todos los días en el escritorio de su esposo, para que dichas flores, inspiren cosas superiores y no subalternas; sobre todo, para que piense en Vd. permanentemente. ¡En fin.... señora!, mi última recomendación es que Vd. haga todo lo posible «¡en hacerse respetable!», para que vuelva la costumbre abandonada, de que todo el mundo le saque el sombrero en todas partes, reverenciándose así, a la virtuosa dama del hogar, de la familia, y remontando el pensamiento, a la madre cariñosa de la humanidad (*hace una cortés reverencia*). En consecuencia, (*con entonación*), «¡no se desconceptúe nunca!... por ningún motivo!...»

Y ahora mismo, llamo a su esposo, (*se aproxima al teléfono y se produce el siguiente diálogo*:) ¡señorita!, 3345, Avenida. ¿Hablo con el doctor Guzmán?

Dr. GUZMAN — Sí, señor.

Dr. RODRIGUEZ — Mucho gusto, Doctor, de saludarlo con mi mayor consideración; es el doctor Severo Rodríguez, el que le habla.

Dr. GUZMAN — Y yo de saludarlo a Vd.

Dr. RODRIGUEZ — Muchas gracias. Quisiera tener con Vd. una conferencia sobre asuntos de interés público; ¿podría indicarme lugar y hora en que podríamos entrevistarnos?

Dr. GUZMAN — Con el mayor gusto, estoy a sus órdenes, y para que Vd. no se incomode, iré inmediatamente a su estudio, siempre que sea de su agrado y no le moleste.

Dr. RODRIGUEZ — ¡Qué esperanza, doctor! no me molesta!

Lo espero y muy agradecido a su gentileza de venirse inmediatamente. (*Dirigiéndose a la señora Beatriz*). ¿Ha oído, señora? Viene en seguida.

BEATRIZ — Estoy muy contenta, doctor...

Dr. RODRIGUEZ — Muy bien, señora. Siguiendo con nuestro tema interrumpido, le diré, que si Vd. llega a cumplir todas las instrucciones que le doy, le garanto que lo volverá loco a su marido, la querrá con amor eterno; «y la conquista del mundo», le será poco para depositarle a sus plantas, y glorificarla como a la diosa Venus de la mitología, en el trono soberano de la belleza y del amor...

BEATRIZ — (*Salta de alegría al oír las últimas palabras del doctor Rodríguez, se acerca a él, le da las dos manos*). ¡Estoy profundamente orgullosa de tener un abogado tan elocuente como usted! «Me da nuevamente la vida!... el deseo de vivir intensamente... la vida del hogar!...» Cumpliré al pie de la letra todas sus instrucciones, doctor... (*Suelta las manos, salta de alegría por todo el salón, como una loca*).... ... ...

... ...

BEATRIZ — ¡Doctor! Estoy loca de alegría, quiero irme ya a mi casa para poner en práctica su cartilla de amor, ¡que será para mí! como si fueran los mandamientos de la ley de Dios, porque ya me veo sentada en el trono de la diosa Venus orgullosa de mi belleza y de mi amor...

¡Ay, doctor, qué agradecida le estoy! Nunca lo bendeciré lo bastante! (*Sigue saltando de alegría en dirección a la puerta de salida...*) ¡Ah!... doctor, ¿y sus honorarios?

Dr. RODRIGUEZ — Después hablaremos de esto; por ahora no interesa...

BEATRIZ — (*Sin reparar que tiene las faldas alargadas con un diario*). ¿Entonces, doctor... has-

ta pronto? (*Le extiende la mano*).

Dr. RODRIGUEZ — No olvide, señora, que tiene las faldas alargadas con un diario; ¿cómo va a salir así a la calle?

BEATRIZ — ¡Ah, sí! (*saca los alfileres de gancho y queda de nuevo con sus faldas cortas*). Hasta pronto, doctor... (*Le extiende la mano*).

Dr. RODRIGUEZ — Hasta cuando Vd. guste, señora... (*Echa de nuevo una mirada indiscreta y picaresca a las piernas*).

BEATRIZ — (*Saliendo..., casi en la puerta del vestíbulo, con una inclinación de cuerpo y haciendo un ademán con la mano y con una sonrisa graciosa y alegre*). Pronto ya no me las verá más!..., nunca más! ni Vd. ni nadie!... ¡Unicamente él!...

Dr. RODRIGUEZ — ¿Será verdad...?

BEATRIZ — ¡Sí; ya lo verá!...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Ah, señora! (*Beatriz vuelve a entrar*). Me olvidaba recomendarle que no informe nada a su marido de esta visita, ni lo de la consulta. Yo me encargaré de eso.

BEATRIZ — Muy bien, doctor; así lo haré.

PORTERO — (*Se aproxima al doctor Rodriguez y le entrega la tarjeta del doctor Guzmán*).

Dr. RODRIGUEZ — (*Dirigiéndose a Beatriz*). ¡Ya llegó su esposo! Salga Vd. por esta otra habitación y espere en ella hasta que le haga anunciar con el portero que ya puede retirarse. (*Le extiende la mano*). ¡Adiós, señora!

BEATRIZ — ¡Adiós, doctor! Que tenga buena suerte.

Dr. RODRIGUEZ — (*Muy contento, pega un puñetazo sobre la otra mano y dice hablando solo:*) Celebro la oportunidad de reconstruir el hogar de mi colega Dr. Guzmán; es el gran porteño que busco y necesito para socio de mi estudio jurídico,

y para mi aliado en la Cámara; sobre todo para organizar con él el programa de liberación económica-social que nos hace falta.

Veremos si lo puedo conseguir...

Ahora, hablemos con él; (*llama al portero*). Haga pasar al doctor Guzmán y luego, manifieste a la señora que espere en esa otra habitación, que ya puede retirarse.

ESCENA II

Dr. GUZMAN — (*Sonriente y con aire de gran señor, penetra en el estudio, saluda afectuosamente al doctor Rodríguez*). Celebro la oportunidad de saludarlo y de felicitarlo, doctor Rodríguez, por los fundamentos de su hermoso proyecto presentado ayer en la Cámara de Diputados. Es una verdadera pieza humanista en favor de la Clase Media, al crear el Banco que remediará sus necesidades. Además, hace tiempo quería venir a visitarle, porque anhelo francamente conocer de cerca los prodigios de su terapéutica jurídica, porque siempre tenemos algo que aprender de los grandes maestros.

Dr. RODRIGUEZ — Es demasiado amable, doctor Guzmán, y compromete mi gratitud por su delicada gentileza. Pero, es el caso de pensar, que aquí, hay lugar para dos; que Vd. y yo, no debemos de complementar en la tarea ímproba de trabajar para que se respete el derecho a la vida y no se cometan inhumanidades impunemente; y, si unimos a sus revelantes condiciones intelectuales, mis conceptos prácticos, creo que podríamos hacer una obra de mucho bien a nuestro país.

Dr. GUZMAN — Por mi parte, aunque soy un escéptico en materia de humanidad, porque nadie la hace, y menos yo, acepto gustosísimo su invi-

tación de trabajar para que se respete el derecho a la vida, buscándole soluciones prácticas a los problemas económicos. Estamos cansados de teorías, principios o doctrinas, propias o ajenas, que dicen mucho, pero que no resuelven nada. El egoísmo individual se acentúa, y cada día se hace más mortífero. No hay consideración para nada ni para nadie.

La solidaridad social, si es que existe, tampoco evita nada. Su indiferencia es evidente, al contemplar con los brazos cruzados, el soberbio espectáculo de cómo se destruyen los distintos factores que concurren simultáneamente a la prosperidad común.

Dr. RODRIGUEZ — Evidentemente, tenemos que pensar en el país; vivimos permanentemente al revés de lo que debe ser: en funciones profesionales ;en el arte de banquear o de comerciar; en los sentimientos sociales; en el cumplimiento de la constitución y de las leyes, etc..., etc.

La falsedad, el engaño y la traición, constituyen hoy los fundamentos de la solidaridad social. Se vive en permanente acecho, de quien primero revienta a quién, o quien primero da el beso de Judas. Se hace o se goza de la desgracia ajena con el mayor cinismo.

En una palabra, doctor Guzmán, nos estamos destruyendo unos a otros, en forma despiadada, olvidándonos de que somos hermanos, y que todos, «¡absolutamente todos!», entiéndame bien, (*con arrogancia*), constituímos factores de progreso indispensables para la coexistencia social.

Dr. GUZMAN — Me asusta, doctor, cómo le estoy oyendo; pero, por más que se me paren los pelos de punta, tengo que reconocer la triste verdad de sus reflexiones: el aumento constante de doloridos que caen en la miseria y que van a en-

grosar, con grave peligro social, las filas de los necesitados.....

Dr. RODRIGUEZ — La traición, (*el doctor Guzmán se sobresalta*), produce males sociales de irreparables consecuencias: traiciona el banquero a su cliente, mandándolo a la quiebra; traiciona el comerciante a su banquero, con toda clase de falsedades; se traicionan entre sí los amigos, simulándose amistades, mientras haya algún provecho que explotar; traiciona el marido a la mujer, con el mayor cinismo, (*el doctor Guzmán se vuelve a sobresaltar*); se traicionan recíprocamente las mujeres, quitándose los novios o los maridos; ¡qué les importa el hogar desecho!... los hijos abandonados!... la miseria!... el hambre ajenos!...

Dr. GUZMAN — (*Afectadísimo*). ¡No prosiga, doctor! ¡Me siento profundamente apenado de todo esto!

Dr. RODRIGUEZ — (*Con entonación*). ¡No, doctor Guzmán! No puedo dejar de continuar analizando con severidad estas cuestiones; ¿cómo admitir, (*con más entonación*) que se generalice esta conciencia traicionera de «destrucción fratricida», sobre todo, que alguien observa, está atento, y recoge diariamente las víctimas que caen y que van a engrosar las filas legionarias «¡ya con los puños cerrados!»... (*levanta la mano derecha y enseña el puño cerrado*). ¿Cómo no pensar, (*con entonación*) que si siguen así las cosas, en 15 ó 20 años más o menos, nuestra bandera nacional (*con arrogancia*), hablemos claro!, se vea desplazada y tenga que ir a buscar refugio en el museo histórico...?

Dr. GUZMAN — ¡Pero!... ¿qué está diciendo, doctor Rodríguez?

¡Son tan graves sus presunciones, que quisiera me las explicara mejor...!

Dr. RODRIGUEZ — Le quiero decir, que la bandera competidora, sigue conquistando todos los días nuevas posiciones, aquí, como en todas partes, mientras que la otra, las pierde sistemáticamente en igual de proporción, no obstante sus hermosas doctrinas constitucionales; y, «en este continuo ganar y perder... ¡a la larga!...»

Dr .GUZMAN — ¡Ahora voy comprendiendo...!

Dr. RODRIGUEZ — Además, no olvide usted, que esta competidora quiere andar siempre sola, no acepta compañía de nadie, porque nadie se la merece suficientemente, y entonces... ¡a la larga!... en este continuo subir y bajar... (*con entonación*) la competidora quedará sola y flameará gallarda... ¡en todas partes!...

Dr. GUZMAN — Ahora comprendo mejor, pero me sobresalta...!

Dr. RODRIGUEZ — Pero lo curioso, es que esta competidora, anda también al revés como todo el mundo.....

Dr. GUZMAN — ¿Cómo así?

Dr. RODRIGUEZ — Sí, quiere o pretende hacer «humanismo a lo internacional, cuando, en realidad, no ha aprendido todavía hacer humanismo a lo nacional.»

Es evidente, de que, antes de abrir nuestros puertos y nuestros brazos al mundo exterior, lo debemos abrir previamente, a los que ya somos o estamos, es decir, a nuestros propios hermanos que ya laboran la prosperidad general; o en otros términos, (*con entonación*) debemos hacer previamente la paz entre los hermanos de la patria chica, para después, con amor aprendido, pretender hacer la paz entre los hermanos de la patria grande...

Dr. GUZMAN — (*Se pone indignado y con entonación arrebatadora, pega un puñetazo sobre la mesa*). ¡Tiene razón, doctor Rodríguez! Es gravísima la situación y muy «nebuloso el porvenir», recién ahora la veo y me doy cuenta en medio de mi escepticismo, que es llegado el momento de organizar un verdadero programa humanista de liberación económica-social; sobre todo «con una perfecta y bien entendida solidaridad social», que sea capaz: (*con entonación*) «de levantar al caído», para que vuelva a la lucha de la vida, con más amor y carácter que nunca; (*siempre con entonación*) «de evitar que nadie caiga», apuntalando todas las energías, porque no sólo son indispensables para la coexistencia social, sino que son necesarias para estimular la prosperidad general.

Dr. RODRIGUEZ — (*Con arrogancia*) ¡Sí, señor! estableciendo categóricamente que la desgracia individual debe ser desgracia colectiva, porque el que cae, es un argentino, padre de familia, o un factor de progreso indispensable, con derecho legítimo al aire y a la luz del sol de Mayo, que deben dar vida y calor...

Dr. GUZMAN — Por consiguiente, (*con más entonación*), ¡no se debe hundir a nadie!...

Dr. RODRIGUEZ — Entonces, crearemos los organismos financieron necesarios, para que estos principios sociales se practiquen diariamente, «a base de dinero», y no de «jarabe de pico», porqué...

Dr. GUZMAN — ¡A la verdad! estamos (*con entonación*) ¡hartos...! (*con más entonación*) ¡muy hartos...! de este jarabe de pico, y no sabemos hoy día cuál de los dos, es más repugnante para la salud social, si el propio de la casa o el ajeno del mundo exterior.

Dr. RODRIGUEZ — ¡Muy bien, doctor Guz-

mán! (*con arrogancia*) me arrebató la idea y lo felicito por su estupenda concepción de los nuevos principios sociales. Debemos dar cuanto antes a los argentinos la voz de orden o de alarma, porque, (*con entonación*), ¡si no lo hacemos! corremos el peligro de que los constituyentes del 53 y del 60, se levanten de donde están, y señalándonos con el dedo, nos digan: (*con voz gruesa, mucha entonación y escondiendo la cabeza entre las manos, en actitud de vergüenza*) «¡Malditos!» ¿Por qué hemos cumplido al revés el mandato constitucional que nos dieran «de promover el bienestar general, cuando, en realidad, lo que estamos haciendo, es promover la desgracia general?»

Dr. GUZMAN — Palpito que nuestro programa será algo formidable, que nadie ni remotamente lo imagina; ¿qué le parece si yo me encargo de ir redactando las bases generales, y Vd. las soluciones prácticas?

Dr. RODRIGUEZ — ¡Pero encantado! ¡Y ahora, no se vaya, porque ahí, en el vestíbulo, hay mucha gente que espera; me vienen a consultar su situación; como me suponen vinculado al Banco de la Clase Media, creen que yo pueda ser el panacea infalible de sus arreglos, y de todos estos casos, algún provecho podemos sacar para nuestro programa.

Pero antes, (*con arrogancia*) anote con mano firme la siguiente reforma al Código Penal, que le voy a dictar!...

Dr. GUZMAN — (*Tomando un pedazo de papel del escritorio y en actitud de escribir*). Estoy listo...

Dr. RODRIGUEZ — «Será considerado delito de orden público, atentar contra el bienestar general o contra la tranquilidad social, y el que atentare, será castigado con 3 años de prisión, con ex-

cepción del traicionero, que será castigado con..,

Dr. GUZMAN — (*Alarmado, se para delante del escrito*). ¿Con cuántos años, doctor?

Dr. RODRIGUEZ — (*Con fuerte entonación y arrogancia*). ¡Con la pena de muerte!

Dr. GUZMAN — (*Se cae de hombros sobre la silla, y con las manos sobre la cabeza, se apena con semejante castigo*)... ¿No le parece demasiado castigo, doctor? (*Deja traslucir su carácter de traidor..,*)

Dr. RODRIGUEZ — ¿Cómo me va a parecer demasiado, (*con mucha entonación*) si es el delito que más daña a la sociedad, tanto, que ni la tuberculosis, ni el cáncer, ni la avariosis, sumadas las tres enfermedades juntas, superan en maldad a la traición, que clava el puñal por la espalda, y deja diariamente el tendal de víctimas expiatorias?

(*Apenado, con movimiento de cabeza y voz muy ahogada*).

¡Pobres las víctimas que caen a implorar inútilmente una solidaridad social que no existe, y si existe, cierra los ojos o da media vuelta para no ver ni oír.

Dr. GUZMAN — (*Se pasea de una punta a otra del salón, nervioso se agarra la cabeza y hablando solo:*) ¡Qué horror...!

Dr. RODRIGUEZ — (*Muy satisfecho del efecto producido, da vuelta por el escritorio*). ¡Parece que le ha dado en el mate! (*En voz baja*). ¿Qué le pasa doctor Guzmán? Observo en Vd. mucha nerviosidad, como si le pasara algo..,

Dr. GUZMAN — ¡Sí, doctor! (*Muy apenado y con voz media ahogada*). Me pasa de que soy traidor a mi mujer, ¡a mi hogar!, y ésto, como usted comprenderá, me atormenta horriblemente!

Me imposibilita, además, para seguir colaborando con Vd. honradamente.

Dr. RODRIGUEZ — (*En tono amable*). Tranquilícese, Doctor! Todavía no se ha sancionado la pena de muerte... y solamente la tenemos en proyecto...

Por otra parte, Vd. ha andado a la moda, «y lo que es moda... Creo que el tribunal que le tenga que juzgar, tendrá muy en cuenta esa circunstancia de la moda y lo absolverá irremediablemente. Siempre... (*con entonación*) naturalmente! que no reincida y se rebele con carácter contra estas modas impertinentes que le hacen hacer a uno cosas repugnantes a la integridad personal! ¿No es verdad?

Dr. GUZMAN — Es Vd, demasiado indulgente, y, francamente, me resuelvo desde este instante revelarse contra estas modas impertinentes.....

Dr. RODRIGUEZ — (*Con aire de satisfacción*). Entonces... su señora y el doctor Rodríguez, estarán de parabienes. Lo felicito sincera y cordialmente, doctor. (*le da la mano*). A su señora, cuando tenga el placer de verla, también la felicitaré, porque empezará para ella (*con picardía*), ¡no lo dudo!... «un nuevo coqueteo más dulce y cariñono que nunca...», ¿verdad doctor Guzmán?

Dr. GUZMAN — ¡Ah, sí! Con toda el alma...!

Dr. RODRIGUEZ — Bueno, doctor. Ahora, con esta tranquilidad, continuemos con nuestro programa... ... ...

Dr RODRIGUEZ — (*Se encuentra en su escritorio ordenando algunos papeles, y el doctor Guzmán, a su vez, en el sayo, toma nota en un papel los apuntes más importantes de todo lo conversado.*

Dr. GUZMAN — Estoy tomando apuntes de todo

lo que hemos conversado, porque, ¡a la verdad!, son tan importantes.....

Dr. RODRIGUEZ. — (Con movimientos de cabeza). ¡Sí! Bien vale la pena, de tomar nota, ¡y buena nota! de todo lo que hemos tratado...! ¡Algún día, se acordarán de nosotros, si es que no nos llevan el apunte...

ESCENA III

PORTERO — (*Se aproxima al Dr. Rodríguez*) Doctor, varios empleados del Banco del Estado, solicitan ser recibidos por Vd., inmediatamente, porque se trata, dicen, de cosas muy importantes...

Dr. RODRIGUEZ — Hágalos pasar.

PORTERO — (*Dirigiéndose a los empleados que esperan en el vestíbulo*) señores: pasen adelante, que el doctor Rodríguez los recibirá en seguida...

Empleados — (*Entran en escena los más que se pueda, saludan muy atentamente a los doctores Rogríguez y Guzmán.*

EMPLEADO N° 1 — Venimos a verlo, doctor, para manifestarle, que somos empleados del Banco del Estado, y que debido a nuestros embargos, que no vamos a poder levantar en 60 días, nos declaran cesantes, sin admitirnos razones de ninguna especie. ¡Quedamos en la calle, en la miseria... (*con voz media ahogada*) doctor, con nuestras familias!...

EMPLEADO N° 2 — Y, como nos han dicho que usted es el alma mater del Banco de la Clase Media, le venimos a ver para implorarle.... (*con voz media ahogada*) ¡que nos salve... doctor...!

EMPLEADO N° 3 — ¡Sí, doctor...! (*con voz media ahogada*) a implorarle que nos salve el porvenir comprometido.

EMPLEADO N° 4 — Sobre todo, (*con voz llorosa*) por nuestros hogares, que quedarían en la orfandad, sin los recursos necesarios para la vida.

EMPLEADO N° 5 — ¿Qué nos quedaría que hacer... doctor, robar o matar?

Dr. RODRIGUEZ — ¿Pero quién es el que los condena con tanta crueldad?

EMPLEADO N° 1 — La carta orgánica, en su artículo 28, prescribe el levantamiento de los embargos en 60 días...

Dr. RODRIGUEZ — ¿Pero esa carta orgánica, no les da los medios necesarios para hacerlo?...

EMPLEADO N° 2 — ¡No, doctor! no nos da, ni nadie nos da nada...!!

Dr. RODRIGUEZ — ¿Pero, los directores del Banco, qué dicen a todo esto?

EMPLEADO N° 3 — ¡Ellos! ni se preocupan de nuestra suerte. Lo que saben hacer «¡y muy bien!» es acomodarse en otras representaciones. ¡Que les importa las razones de moralidad que invocan para reventarnos a nosotros!

EMPLEADO N° 2 — La prueba la tienen ustedes, en que uno de los directores se constituyó, hasta hace poco, en agente financiero de un poderoso sindicato inglés, para la construcción de subterráneos en Buenos Aires, y continuó, sin embargo, con una flema extraordinaria, su cargo de Vice-Presidente.

Otro de los directores, designado Presidente del Banco, después de prohibirnos a todos nosotros la asistencia a las carreras, sale aceptando ¡nada menos! que la Presidencia del Jockey Club.

EMPLEADO N° 3 — Y todos los demás son socios del Jocky y muchos de ellos con Stud de caballos.

Dr. RODRIGUEZ — De donde resulta para es-

tos señores, que la moral debe venir estimulada de abajo para arriba y no de arriba para abajo...,

Dr. GUZMAN — ¡La eterna cuestión! ¡El hilo siempre se corta por lo más delgado!

Dr. RODRIGUEZ — ¡Vaya qué manera de moralizar tiene el directorio!

Dr. GUZMAN — (*Sarcásticamente*) ¡Haz lo que digo, y no lo que hago!

Dr. RODRIGUEZ — No comprendo, en realidad, por qué se les priva a Vds., si son jóvenes todavía, de la luz de la vida, máxime, cuando pueden llegar ¡algún día! a iluminar los destinos del Banco... ¡En fin! son cosas de nuestra tierra; y ¿cuántos son Vds?

EMPLEADO N° 1 — ¡Somos más de 200 los que estamos en capilla!

Dr. RODRIGUEZ — (*Dirigiéndose al doctor Guzmán*). ¿Qué le parece, doctor Guzmán 200 hogares argentinos que en estos momentos viven la angustia de la vida?

Dr. GUZMAN — Ya sabe, doctor, mi opinión, de que soy un descreído en estas cuestiones de humanidad; de manera que no me extraña en absoluto, aunque me indigne, estos procedimientos contraproducentes del Banco del Estado, tan contrarios a sus verdaderas funciones orgánicas.

Dr. GUZMAN — ¿Y cuánto necesita cada uno de Vds. para salirse del atolladero en que se encuentra?

EMPLEADO N° 3 — (*Consulta a sus compañeros en voz baja, y luego...*) Necesitamos, más o menos, unos 3.000 pesos cada uno.....

Dr. RODRIGUEZ — (*Sorprendido*). — ¡Esto es, sencillamente, una enormidad! ¿De dónde sacaremos este capital para arreglarles, si Vds. saben bien, que el banquito de la Clase Media, es muy

modesto, modestísimo, apenas si tiene 50.000 pesos y necesitamos 600.000?

Dr. GUZMAN — ¿Y en qué han gastado tanta plata, porque francamente, sorprende la cifra?

EMPLEADO Nº 4 — Los intereses usurarios acumulados...

EMPLEADO Nº 1 — Las enfermedades de familia también...

Dr. GUZMAN — ¡Pero con todo!

EMPLEADO Nº 2 — (*Con entonación, dirigiéndose a sus compañeros*). ¡No, señor! debemos ser francos con los doctores.

Se debe sencillamente al aprendizaje de la juventud; y como Vds. lo han experimentado antes que nosotros, sabrán que este aprendizaje cuesta siempre caro; se paga, por lo general, la chapetonada. La inexperiencia arrastra, por otra parte, a pendientes peligrosas que no siempre uno las ve, y puede detenerse a tiempo. ¿No es verdad doctor Guzmán? (*Los empleados lo miran y con señas le piden que defienda la situación general*).

Dr. GUZMAN. — (*Con aire de complacencia se hace aliado de los empleados, no obstante sus descreidimientos humanistas. Hace movimientos de cabeza, cuerpo y manos, respondiendo afirmativamente al pedido solicitado*).

Dr. RODRIGUEZ — (*Se pasea pensativo, acciona con las manos y hablando solo, dice:*) ¡Imposible, materialmente, nó sé cómo armonizar!

Dr. GUZMAN — (*Con entonación*). ¡Sí; doctor Rodríguez! Tiene que hacer un verdadero esfuerzo, porque no se debe olvidar que son empleados del coloso de nuestra tierra, que no obstante sus inmensos millones, comete la herejía imperdonable de condenarlos, ¡vaya a saber a qué cosa!

EMPLEADOS — (*Todos se muestran muy con-*

lentos con el defensor, y hacen gestos de agradecimiento: unos levantan las manos como quien va a echar un hurra; otros llevan las manos al corazón; otros se dan las manos como si se saludaran. Todos se mueven y se consultan satisfechos.

Dr. RODRIGUEZ — ¡Pero cómo, doctor Guzmán! ¿Se ha contagiado Vd. de las chifladuras humanistas? ¿En qué quedamos?

Dr. GUZMAN — (*Con indignación y entonación*). ¡Es que me revientan las pendientes peligrosas...!

Dr. RODRIGUEZ — ¡Ah, comprendo! ¡La verdad es que son fatales... ¡en cuanto uno se descuida, se estrella y se rompe la cabeza! (*Se acerca al doctor Guzmán, y le dice en voz baja:*) ¡Ya encontré la solución! como tenemos 50.000 pesos mensuales, en 12 meses hacen 600.000 pesos; y por más que nos quedemos sin recursos en el Banco durante un año, le pediré a mi señora que nos ayude con sus ahorros.

Dr. GUZMAN — Y yo, también, le ayudaré...

Dr. RODRIGUEZ — Muchas gracias. (*Se aproxima a su escritorio a escribir una carta para el gerente del Banco de la Clase Media*). ¡Bueno, muchachos..., el asunto está arreglado!

EMPLEADOS — Se muestran muy contentos...

Dr. RODRIGUEZ (*De pie*). Aquí tienen ustedes esta credencial; la llevan y entregan en propias manos al gerente del Banco de la Clase Media, y le dicen con arrogancia: esta es la orden para que se nos abra la puerta del paraíso celestial...

(*Todos los empleados salían de alegría*).

Dr. RODRIGUEZ — (*Con entonación*). ¡Cuiden de que en lo sucesivo..., no se enoje San Pe-

dro! (*Dando la mano a los empleados*). ¡Adiós, muchachos!.

EMPLEADOS — ¡Adiós, doctor! (*Dan la mano a ambos doctores y salen muy contentos y alegres*).

Dr. RODRIGUEZ — ¿Qué me dice doctor Guzmán, ésto del Banco del Estado, que no queriendo ser menos que otros, en errores fundamentales, anda al revés como todo el mundo?

Dr. GUZMAN — ¿Cómo así?

Dr. RODRIGUEZ — Naturalmente, no se explica cómo el Banco del Estado, que se enriquece a costa de media humanidad, violando un principio esencial de derecho, «que nadie puede enriquecerse a costa de otro»; con 700.000.000 $ de depósitos gratuitos, inclusive la de los pobres huerfanitos, y que le producen una renta anual de pesos 40.000.000, no tenga 600.000 pesos para anticipar a su propio personal, y los larga en esas pendientes peligrosas de que Vd. nos hablaba hace un momento.

Dr. GUZMAN — Pero lo que es un colmo, doctor, que los depósitos judiciales no gocen de beneficio alguno; ¡se trata de huerfanitos! La ley orgánica dice imperativamente que deben depositarse en el Banco del Estado.

Dr. RODRIGUEZ — (*Con arrogancia*) ¡Sí, pero la ley orgánica no dice que estos depósitos deben ser gratuitos y que no deben gozar de beneficio alguno!

Dr. GUZMAN — ¡Tiene razón! Es una enormidad que el Banco Oficial marcha tan al revés del derecho, de la moral y de las cosas humanas...

ESCENA IV

PORTERO — (*Se aproxima al doctor Rodríguez*). Doctor, varias señoritas que dicen ser maestras de escuela, piden, por favor, que las atienda, no obstante la hora avanzada, porque manifiestan ser muy urgentes los motivos de la visita.

Dr. RODRIGUEZ — ¡Pobrecitas... ya sé qué motivos pueden ser! Hágalas pasar...

MUCHACHAS — (*Entran en escena tres*).

MUCHACHA N° 1 — (*Azorada y nerviosa*). Vd. perdone, doctor, que lo molestemos a esta hora, pero estamos muy afligidas por nuestros embargos que nos obligan a levantar en 30 días; y, como no lo vamos a poder hacer... ya nos vemos privadas de nuestros empleos... de los recursos necesarios (*voz ahogada*) para la vida... ¡y entonces, doctor! (*llorosa y angustiada*) abandonadas a la miseria... y quién sabe, después, ¡qué desgraciado destino nos depara! (*Se pone a llorar*).

Dr. RODRIGUEZ — ¿Pero, de qué provienen estos embargos?

MAESTRA N° 1 — De muchas cosas que, sumadas todas ellas, nos han creado una situación difícil.

Dr. RODRIGUEZ — Con eso, no me dicen nada.

Dr. GUZMAN — ¡Ya se sabe, doctor! La vanidad, el lujo... y muchas otras exterioridades que no conducen sino a la ruina de los hogares, y, en lugar de hacer un bien, nosotros haríamos un mal en estimular estos excesos...

MAESTRA N° 1 — Nosotras, somos señoritas, y no nos dejamos arrastrar sino por excesos mundanos que obedecen al deseo legítimo de agradar,

pero nunca para cometer otras faltas o caer en otras pendientes peligrosas... ¡Como muchos!!

Dr. RODRIGUEZ — Para evitarse estas situaciones, tienen que ajustarse al sueldo, señoritas, y no salirse de ahí, viviendo con sencillez y mucho modestia; sobre todo, ahorrando algunos pesos a fin de tener para los momentos difíciles, porque no siempre podrán conseguir quien las ayude para levantar los embargos, y entonces... ¡liquidadas!

Dr. GUZMAN — ¿Y quién ha sido ese discípulo tan aventajado de Cristo que las lleva tan fríamente al patíbulo del hambre?

MAESTRA N° 1 — Hay un decreto del gobierno del tiempo de doctor Sáenlz Peña, que está vigente, y que, por razones de moralidad nos obliga a levantar nuestros embargos en 30 días, no admitiéndosenos razones de ninguna especie...

Dr. RODRIGUEZ — ¿Pero ese decreto, no les da los recursos necesarios para tales fines?

MAESTRA N° 2 — ¡No, doctor! no nos da!... ni nadie nos da nada!...

Dr. GUZMAN — ¿No le digo, doctor, que nadie hace humanidad? ¡ni siquiera el gobierno! ¡parece mentira que para moralizar se tenga que suprimir la luz en tantos hogares!...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Qué manera de apagar faroles tiene ese decreto del gobierno nacional!... y es raro que el doctor Sáenz Peña lo haya dictado, porque él nos ha dicho al mundo en un congreso americano, con elocuencia arrebatadora: «América para la humanidad»... ... ...
... ...

(*Haciendo movimientos de cabeza*). Francamente, no sé a qué clase de humanidad se ha referido el doctor Sáenz Peña...

Dr. GUZMAN — Lo grave es que a la sombra

de este decreto, que está vigente, se sigan cometiendo monstruosidades, volcando empleados y familias en todas partes y a cada rato...

Dr. RODRIGUEZ — ¡La verdad! (*dirigiéndose a las señoritas*). Y bien, señoritas... ¿cuántas son ustedes?

MAESTRA N° 3 — ¡Unas siete mil maestras en toda la capital!

Dr. RODRIGUEZ — (*Llevándose las manos a la cabeza*). ¡Qué enormidad! ¡Cómo hacer!..... si el banquito de la Clase Media es muy modesto, y no tiene capacidad para tantas operaciones!...

MAESTRA N° 1 — (*Apartando a su compañera, la toma del brazo a la N° 3, con enfado y entonación*). ¡Haz hecho mal...! ¡muy mal!... en decirle al doctor Rodríguez que éramos tantas... Te debías haber concretado en decirle que éramos tres y nada más!... Ahora, pueden peligrar nuestros arreglos por tu culpa...

Dr. RODRIGUEZ — (*Escucha los reproches de la maestra N° 1 a la N° 3*).

¡No, señorita! No peligra los arreglos de Vds., y tan merecedoras son Vds. de vivir como las demás; en consecuencia, ha hecho muy bien su compañera de ser franca y humanista...

Bueno..., ahora voy a hablar con el gerente del Banco de la Clase Media por teléfono. (*Se aproxima al aparato y pide* 0843 *Avenida, y se produce el siguiente diálogo*):

Dr. RODRIGUEZ — ¿Hablo con el gerente del Banco de la Clase Media?

GERENTE — Sí, señor...

Dr. RODRIGUEZ — ¿Cómo le va, séñor gerente? Aquí tenemos nuevas clientas, varias señoritas maestras que desean levantar sus embargos, porque, de lo contrario... ¡ya se sabe! (*Se pasa*

el dedo índice de la mano derecha por el cuello y mirándolas a ellas) «¡guillotina!»

MAESTRAS — (*Todas en coro, pasándose también el dedo por el cuello, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante*). «¡Sí, señor!... » ¡guillotina!»

(*Se muestran muy contentas, hacen gestos de satisfacción, tiran besos el doctor Rodríguez mientras él continúa hablando por teléfono. Entran en escena más, muchas más... azoradas y nerviosas. Escuchan con interés grandísimo la conversación telefónica, porque se enteran por las compañeras de lo que se está tratando...*

Las tres interesadas se muestran un tanto enojosas por este atropello, porque ven peligrar el arreglo de ellas, y en vano tratan de disuadir en voz baja a las otras, de que deben retirarse, pero inútilmente...!)

GERENTE — ¿Y cuántas son?

Dr. RODRIGUEZ — Voy a ver cuantas son. (*Se da vuelta y se encuentra con la novedad de que muchas nuevas han entrado en el estudio, y muchas más, siguen entrando...¡ Deja el aparato*). ¡Caracoles!, (*asombrado y asustado por la cantidad*). ¡Es imposible aceptar tanttas operaciones!... (*Todas las maestras rodean al doctor Rodríguez y en todos los tonos imploran el arreglo de sus embargos*).

MAESTRA Nº 1 — ¡Ayúdenos, doctor! (*voz media ahogada*) ¡por el cariño de sus hijos!

MAESTRA Nº 2 — ¡Por lo que más quiera en el mundo; (*voz media ahogada*) por su señora Clotilde!

MAESTRA Nº 3 — ¡Somos argentinas, doctor! (*voz ahogada*). ¡Por amor a la Patria...!

MAESTRA Nc 1 — (*Voz media ahogada*).

¡Acuérdese, doctor, de la maestra que educa a sus hijitos!...

Dr. RODRIGUEZ — (*Con voz media ahogada y desesperado*). ¡Por el amor de Dios, señoritas, esperen un momento!... (*Se dirige al teléfono*).

MAESTRA Nº 4 — (*Con tonada cordobesa*). ¡Sí, doctor!..., ¡Por el recuerdo de La Violeta...! (*voz media ahogada*), de los unitarios!... ¿Ya se olvidó Vd. del juramento que se prestaron, de luchar en todas partes para que se respete el derecho a la vida?

Dr. RODRIGUEZ — (*A este recuerdo se sobresalta, en tono cariñoso y voz media ahogada*). ¿Cómo ha sabido usted, señorita, esto de La Violeta y de los unitarios?

MAESTRA Nº 4 — Soy hermana de Gerardo Meana, compañero suyo de La Violeta, y él me ha recomendado que cualquier cosa que me pasara (*en tono lloroso*) lo viera a Vd., que me ayudaría... porque era de muy buen corazón...

Dr. RODRIGUEZ — (*Emocionado con este recuerdo*). ¡Venga, señorita! (*La estrecha fuertemente entre sus brazos.*)

MAESTRAS—(*Todas en coro*). ¡Por favor...! ¡Por favor... doctor!...

Dr. RODRIGUEZ — (*Con voz media ahogada, camina con ella del brazo en dirección al teléfono*). ¡Por el recuerdo de La Violeta!... ¡Sí!... (*más pausadamente*). Por el recuerdo de los unitarios..., ¡también!... Por el sincero amor a nuestras maestras... mucho más!... también!.... (*Toma el tubo del teléfono que quedó descolgado*) ¡Oiga, señor gerente! Son unas cuantas, nada más...! que unas cuantas...! atiéndalas a todas sin excepción... y deje por mi cuenta el pago de los acree, dores, yo los arreglaré aquí en el estudio ¡como

pueda! (*Todas las maestras saltan de alegría, abrazan y besan al doctor Rodríguez*).

Dr. RODRIGUEZ — ¡Y bien, señoritas! Hemos prendido nuevamente los faroles, para que la luz se haga y no solamente ilumine, sino para que deslumbre de felicidad los hogares de todas Vds., ¡y quiera Dios que nunca más se apague!..., porque ¡en esto!, y a despecho de lo que diga y haga ese decreto del doctor Sáenz Peña (*con voz gruesa y entonación*) «¡tiene mucho interés el gobierno de la Nación!»

(*Todas las maestras aplauden entusiasmamente y se despiden alegres y contentas*).

MAESTRA Nº 1 — ¡Algún día! pagaremos sus honorarios, doctor, como Vd. se lo merece dignamente; por ahora..., que no tenemos...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Sí, comprendo!, pero me basta el sincero agradecimiento de Vds...

MAESTRA Nº 1 — (*Con una graciosa reverencia en la puerta de salida, tira un beso con la mano*). ¡Adiós, doctor!...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Adiós, señoritas! (*Levanta la mano derecha con el pañuelo y luego se pasa por los ojos..., quedando absorto en medio del salón, profundamente impresionado*)...

Dr. GUZMAN — ¡Cómo!... ¿Llora Vd?

Dr. RODRIGUEZ — (*Apenado y con voz ahogada*). ¡Cómo no llorar, doctor... si me siento feliz en ayudar a estas pobrecitas muchachas... que no puedo ahogar mi alegría..., mi satisfacción...

Dr. GUZMAN — ¡No es para menos!

Dr. RODRIGUEZ — (*Desesperado*). Pero necesitamos plata... mucha plata... para estos arreglos y no sé de dónde sacar... (*Se pasea nervioso*). ¡Le pediré nuevamente a mi mujer que nos ayude!

Dr. GUZMAN — Y yo, también, le ayudaré otro poco...

Dr. RODRIGUEZ — Muchas gracias. (*Toca el timbre, llamando al portero*).

ESCENA V

PORTERO — ¿Llama Vd., señor?

Dr. RODRIGUEZ — Sí. Dígale a la señora Clotilde, que venga un momento, que la necesito...

PORTERO — Muy bien, doctor. (Y se retira).

Dr. RODRIGUEZ — Mi mujer me va a comer vivo por esta nueva chifladura, ¡pero, qué le voy a hacer, doctor Guzmán! estoy tan apenado con estas iniquidades...

CLOTILDE — (*Se presenta con faldas largas hasta la parte superior del tobillo, brazos cubiertos con encajes hasta el codo, escote sin exageración, con hermosa cabellera, sin pinturas groseras, apenas un rosadito en las mejillas y con medias del color del traje*). ¿Me necesitas, Severo?

SEVERO — ¡Sí; Clotilde! Te presento ante todo a mi socio del estudio, doctor Guzmán.

CLOTILDE — Mucho placer, doctor...

Dr. GUZMAN — El placer es para mí, señora...

SEVERO — (*Tomando del brazo a su señora*). Mira, Clotilde. Te vuelvo a pedir que me ayudes para sacar del atolladero a muchas señoritas maestras, que están desesperadas por sus embargos...

CLOTILDE — ¿Pero hasta cuándo quieres seguir comprometiendo nuestra situación personal para remediar males ajenos? ¿Acaso ignoras que ya he comprometido el patrimonio heredado de mi padre y todos mis ahorros? ¿Quieres más aún?

SEVERO — Sí; debemos hacer un último es-

fuerzo, un desesperado esfuerzo para salvar a esas señoritas: venderemos todo lo que nos queda; empeñaremos los autos y todas tus joyas; en fin, suprimiremos todos los gastos innecesarios, etc., etc...

CLOTILDE — (*Con cariño*). ¡Pero, querido! ¿Por qué no te acuerdas que tenemos hijos y que, por respetables que sean tus sentimientos de ayudar a los demás, no debemos desamparar a los nuestros? Por otra parte, ¿a qué viene tus continuas chifladuras de humanidad, cuando sabes y te consta positivamente que nadie hace humanidad en nuestros tiempos... ¡pero, querido!... te van a tomar el pelo, haciéndote pasar por lo que no eres...

SEVERO — ¡Ya sé lo que me quieres decir! que pasaré por un destornillado intelectual!... que no tengo mis facultades mentales en su quicio, ¿verdad?

CLOTILDE — ¿Y para qué cargar, entonces, con famas indebidas?

SEVERO — ¡Pero Clotilde! Si yo no soy el destornillado intelectual, sino otros; los profesores universitarios; los representantes de los poderes públicos nacionales y provinciales; los escritores; los publicistas, etc., etc.; «esos son los que están, en realidad, desequilibrados»... fuera de quicio mental... porque, ¿cómo interpretas tú el hecho de que, diciendo la constitución nacional tan sencillamente, «promover el bienestar general», éstos señores condenan sin más ni más a estas señoritas «a la miseria, promoviendo la desgracia general»? ¿No te parece que yo tengo razón y no ellos?

CLOTILDE — ¡La verdad!, es tan sencilla la interpretación constitucional, que cualquiera la comprende; yo, que soy una simple mujer, me doy cuenta de ello; pero, ¡es raro que esos señores

universitarios no lo vean así! ¿Por qué será, Severo?

SEVERO — ¡Por lo que ya te dije...! ¡Están destornillados! ¡Tienen un tornillo menos; o bien, tienen alguna falla en la masa encefálica, porque, con seguridad, no tienen sesos!

CLOTILDE — ¿Será posible que tengan pasto o aserrín?

SEVERO — ¡Sí, mujer! Todo es posible en estos momentos en que nada está en su quicio normal! ¿No ves que ni siquiera al Himno Nacional lo dejan quieto?

Dr. GUZMAN — ¡Sí, señora! Estamos horrorizados con estos espectáculos, y por más que me duela confesar que siempre he sido egoísta, que no he hecho humanidad a nadie, sino a mi bolsillo; es el caso de pensar que, una cosa es no hacer humanidad y otra, muy distinta, es hacer inhumanidad a mansalva, como en el caso de las maestras... ¿Para qué habremos vivido 20 siglos de civilización, para no haber aprendido sino a odiarnos como crueles enemigos?

SEVERO — Pero, lo que Vd. ha visto, doctor Guzmán, no es nada...! absolutamente nada...! comparado con la cifra colosal de la clase media que experimenta iguales angustias!... ¡son miles! muchos miles...! (*angustiado*) ¡centenares de miles...!

Dr. GUZMAN — (*Con soberbia indignación*). Lo que quiere decir, en una palabra, que estamos completamente al revés de las grandes máximas de amor al prójimo, y que cada día nos alejamos más de las instrucciones del maestro sacrificado en el Gólgota, (*voz angustiada*), de amarnos...! y de querernos...! como si fuéramos propios hermanos...!

CLOTILDE — (*Con mucho cariño*). Pero, con todo... ¡mi viejo querido!... no debes sacrificarme más... porque me dejarías en la calle con mis hijos, y esto no sería justo...

SEVERO — (*Con arrogancia*). ¡No, Clotilde!... Aunque nos hundamos!... aunque se nos caiga la casa abajo!... debemos hacer esta obra de bien!...

CLTILDE — (*Solloza*).

SEVERO — (*La abraza con mucho cariño y caminando despacio hacia su habitación, le dice*:) ¡Perdóname, Clotilde! Pero debes tener en cuenta, que se trata de las maestras que educan a nuestros chicos..., y que diariamente les enseñan: amar al prójimo! amar a la Patria! y nosotros, desalmados, las estamos condenando al hambre!.. a la miseria!... (*Con mucha arrogancia y voz ahogada*). Nó, Clotilde! ¡mil veces no!... (*Deposita un beso sobre la frente de su señora*).

CLOTILDE — (*Llorando y con mucho cariño*). ¡Está bien, Severo, lo haré!

BAJA EL TELON

TERCER ACTO

(*Casa particular y estudio jurídico del doctor Rodolfo Guzmán. Regia instalación: biblioteca de dos o tres cuerpos, dos juegos de escritos ministro, juegos de butacas con sofá y sillones, mesita con máquina de escribir, aparato telefónico, cuadros colgados: Roca, San Martín, Alberdi y un bsuto de Vélez Sársfield*).

ESCENA I

(*Aparece en escena la señora Beatriz, que acaba de llegar de la casa del doctor Rodríguez, avergonzada e indignada de sus faldas cortas* (*se las mira, y hablando sola*).

BEATRIZ — ¡Qué vergüenza he pasado! Tiene mucha razón el doctor Rodríguez, en criticarme como lo ha hecho; al fin y al cabo, yo soy una señora casada, con hijos, que no debe tener más interés que agradar a su marido con sencillez, sin desnudeces incompatibles y sin pinturas groseramente impresionante...

(*Se pasea nerviosa e indignada por el salón*). ¡Ahora mismo cambio todos mis modelos por otros

más honestos! (*Se aproxima al aparato telefónico y pide número* 4864 *Avenida*).

BEATRIZ — ¡Ho.a!!... ¿Hablo con la señora Yturbe?

MODISTA — Sí señora...

BEATRIZ — La habla la señora del doctor Guzmán; véngase inmediatamente a mi casa, a llevarse todos mis trajes de faldas cortas y brazos descubiertos, no quiero andar más desnuda, y hágame el favor de traerme los vestidos que tenga con faldas más largas, mangas y escotes sin exageración. Es urgente y la espera en seguida.

BEATRIZ — Inter-tanto venga la modista, voy a cumplir las prescripciones de mi médico jurídico, (*arregla el escritorio, toca el timbre llamando la mucama Isolina*).

BEATRIZ — Vea, Isolina, tome este florero, lo limpia y me lo trae con agua.

ISOLINA — Muy bien, señora.

BEATRIZ — En seguida (*Sigue arreglando el escritorio con el plumero*).

ISOLINA — Ya está, señora. (*Y se lo entrega*).

BEATRIZ — (*Coloca en el florero las flores frescas que acaba de comprar de venida para su casa, dice:*) Vea, Isolina, si el señor le pregunta quién arregló el escritorio y puso flores frescas en él, le dice que ha sido Vd.

ISOLINA — ¿Y si duda?

BEATRIZ — Insista de que ha sido Vd., diciéndole que tiene un primo que es florista, y que siempre, todos los días, le trae flores frescas y que Vd. las coloca en el florero por su sola cuenta.

ISOLINA — Muy bien, señora, así lo haré.

BEATRIZ — Todas las cosas ya están relumbrantes: su lapicera de trabajo, las flores que por primera vez las coloco... ¡en fin! me parece que

co'oco también... sobre su mesa de trabajo... un delicado perfume de bondad y de ca iño... para todas sus tareas profesiona es... Vamos, Isolina. (*Se retiran*) ... ...

ESCENA II

Dr. GUZMAN — (*Entra en su gabinete de estudio, muy satisfecho*).

Entrega su bastón, guantes, y sombrero al portero y le pregunta:)

Dr. GUZMAN ((*Camina despacio h cia su escritorio*). ¿Ha venido alguien durante mi ausencia?

PORTERO — No, doctor..., pero en cambio ha venido mucha correspo iden ia.

Dr. GUZMAN — Muy bien... (*El portero se retira*). (*Hablando solo, dice:*) Creo que he obtenido un gran éxito al asociarme con el correntino Rodríguez. Me pa ece que es un hombre extraordinario, de muy largas vistas, aunque confieso que me ha hecho pa ar un ma rato con la cuestión traicionera! (*Re isa la co re po dencia, de p o to se sorprende con la limpieza de su lapicera, t intero, etc., sobre todo obser a que se ha colocado f ores frescas en el florero...*)

¿Flores en mi escritorio? ¿Qué signi ica ésto? ¿Quién las habrá colocado? ¿Mi mujer? No puede ser... hace más de un mes que no nos hablamos. ¿La mucama Isolina?... ¿La nena?... En fin.... averiguaremos...

PORTERO — (*Se aproxima al Dr.*) Señor... ahí está la modista de la señora...

Dr. GUZMAN. — Hágala pa ar al toilet.

PORTERO — Pase señora... por aquí. (*Indica el camino a la modista, que entra con 4 chicos*

con sendas cajas de cartón cada uno).

Dr. GUZMAN — (*Asombrado y alarmado con todas estas novedades*). ¡Pero, caracoles! ¿Qué significa todo ésto? (*Toca el timbre llamando a la mucama Isolina*).

ISOLINA — ¿Llama Vd?

Dr. GUZMAN — Sí, Isolina. Dígame, ¿qué ocurre con la señora... con la modista que trae un montón de cajas... con las flores de mi florero... quién las ha colocado?

ISOLINA — Yo, señor... las he colocado.

Dr. GUZMAN — ¡Cómo así! ¿Tiene Vd. permiso de la señora?

ISOLINA — No, Doctor, por mi sola cuenta...

Dr. GUZMAN — ¡Es muy raro todo esto! ¿Pretende acaso Vd. Isolina, hacerme el amor? (*Se aproxima a ella en tono cariñoso pero con picardía a fin de hacerle declarar la verdad*).

ISOLINA — (*Turbada y abatatada se da cuenta de la situación delicada en que se encuentra, y resuelve confesar la verdad*).

¡Perdóneme, señor! no he sido yo sino la señora la que ha colocado esas flores en el florero, pero me recomendó que si Vd. preguntaba, le dijera de que era yo. Al poner esas flores en el florero, le oí a la señora que decía: «Me parece que, al colocar estas flores en su mesa de trabajo, coloco también..., un delicado perfume de amor..., de bondad y cariño... para todas sus tareas profesionales».

Dr. GUZMAN — (*Muy contento*). ¡Ah, pero muy bien, Isolina! Desde hoy gana Vd. cien pesos, en lugar de cincuenta, que es su sueldo actual, pero cuide de que la señora no lo sepa. porque entonces, le rebajaré a lo que tenía. ¿Y lo de la modista y todas esas cajas, qué significan?

ISOLINA — La señora no quiere saber nada de

faldas cortas, brazos desnudos, etc., y ha llamado a la modista para entregarle todos sus trajes indecentes a cambio de otros modelos más honestos, sobre todo, con escotes más discretos...

Dr. GUZMAN — ¡Ah, pero muy bien!... Llámeme ahora mismo a la señora. Dígale que he llegado enfermo... que siento mucho frío... que me estoy congelando!... que tiemblo!... ¡Váyase en seguida!

ISOLINA — ¡Ay, señor!... (*Asustada, sale corriendo en busca de la señora*).

Dr. GUZMAN — (*Pretende seguir atendiendo la correspondencia, pero de pronto se para... se toca la cara, la cabeza... las piernas*) ¡Caracoles! No es broma... ¡es que me estoy helando de veras! tiemblo de frío...! (*Gritando con desesperación*): ¡Beatriz!... ¡Beatriz!... ¿dónde estás....querida? (*Sale al encuentro a pasos acelerados*).

ESCENA III

BEATRIZ — (*Entra corriendo alarmada con los gritos de su esposo, con aire de vencedora... vestida con faldas largas hasta la parte superior del tobillo, mangas cubiertas con encajes, escote muy discreto*). ¿Qué te pasa? ¿Qué deseas de mí?...

Dr. GUZMAN — ¡Ven... Beatriz!... (*La abraza con desesperación*). Quería implorarte tu perdón... porque me hace falta...! mucha falta!... tu cariño...! tu calor vital...!

BEATRIZ — (*Disimulando su satisfacción, lo rechaza con indignación y cierta altanería*). ¿Recién te acuerdas de mí, tunante, miserable?...

Dr. GUZMAN — (*Se da cuenta de la transformación de Beatriz y asombrado, con satisfacción*).

¿Qué significa esta metamórfosis en tu persona, que tanto me agrada?

BEATRIZ — (*Con entonación y arrogancia*). Significa, sencillamente, que me he revelado contra las modas indecentes; significa también, una protesta severa contra mi marido «¡papanata!», que ha tolerado, sin revelarse, los caprichos comerciales del modisto de París, que gobierna a su antojo a las mujeres que mansamente aceptamos todo lo que a ese señor se le ocurre; hoy quieren blanco, mañana negro... después color carne... Primero quieren faldas largas, ahora la quieren cortas; por último, nos exigen desnudeces: brazos, piernas, pechos, espaldas y, en este afán de mostrarlo todo... ¡vaya a saber qué... se le ocurre al modisto, que mostremos en poco tiempo más. (*Con indignación terrible*). ¡Qué barbaridad y que vergüenza... (*Se pasea indignado por el salón*).... Nos visten y nos desvisten estos señores modistos a su paladar, sin una palabra de oposición ni de reproche de nuestros maridos, de nuestros padres, o de nuestros hermanos «¡mil veces papanatas!» (*Se pasea nerviosa e indignada*)...

Es una bonita manera de cuidar los hogares argentinos para que no se destruya el hogar, la familia, la sociedad...

Merece que se premie con medalla de oro, a estos colosos guardianes del honor familiar!... (*Indignada, hace ademán de retirarse*).

Dr. GUZMAN — ¡Pero Beatriz!... No seas tan severa conmigo, porque yo no tengo la culpa de las modas del modisto...

BEATRIZ — (*Muy enojada*). ¡Sí, señor! Tienes toda la culpa y la responsabilidad de que yo haya andado por las calles aparentando todo...

¡menos el que fuera una mujer honesta!... sirviendo de escarnio y de risa al público. (*Muy furiosa*). ¡Eres un maldito! (*Se vuelve a pasear por el salón, furiosamente indignado*).

Dr. GUZMAN — (*Con cariño*). ¡Pero... Beatriz... ¡cálmate, por favor...!

BEATRIZ — (*Con arrogancia*). ¡No me calmo!... porque por atender a tus juegos y a tus asquerosas bataclanas, has descuidado y permitido a tu mujer excesos mundanos que en ningún caso, un marido que se estima y estima la dignidad de su señora, puede permitir... ¡Te reprocho, pues, una y mil veces... (*Vuelve hacer ademán de retirarse*)...

BEATRIZ — (*Dándose vuelta y con arrogancia*). ¡Sí, señor! Es imperdonable que el modisto de París, gobierne moralmente tu casa y pueda más que tú sobre tu mujer... ¡Papanata!

Dr. GUZMAN — ¡Pero,... oye... Beatriz! ¡Te imploro que me escuches!

BEATRIZ — (*Retrocede y se acerca a su esposo*). ¡Bueno! ¡Aquí estoy! ¡Te escucho!

Dr. GUZMAN — Y bien... Beatriz (*con cariño*) me declaro culpable y responsable. Te pido, en consecuencia, que me perdones. No incurriré más en estos descuidos... porque te juro ¡bajo mi palabra de caballero! que en lo sucesivo... atenderé con la dignidad que corresponde, tus nuevos modelos, cuidando mejor tus hermosas piernas... para que nadie las vea, ¡más que yo!

BEATRIZ — (*Con enfado*). Ni tú tampoco! ¡no las mereces!...

Dr. GUZMAN — ¡Cómo!

BEATRIZ — Te quiero decir... por ahora..... más adelante... veremos!

Dr. GUZMAN — ¡Ah, bueno! Mira, Beatriz,

te quería decir que ahora nomás debe llegar el doctor Rodríguez, porque debes saber, que nos hemos asociado en el estudio jurídico; y además, estamos organizando un programa de liberación económica-social.

BEATRIZ — ¡Cómo! ¿Te has hecho socio del doctor Rodríguez? ¿Pero estás en tu razón, que no mides la responsabilidad moral en que incurres?

Dr. GUZMAN — ¿Por qué, mujer?

BEATRIZ—Porque son dos temperamentos distintos: él es un buen padre de familia, mientras que tú todo lo contrario; él es un hombre y un profesional sincero, mientras que tú eres un falso, traicionero, ¡aún de tu propio honor! y hay que pensar que cuando se tiene esta «conciencia traicionera del propio honor», ¿a quién no se puede hacer lo mismo o peor? ¿Comprendes ahora, porque no es posible esta sociedad entre Vds.?

Dr. GUZMAN — ¡Precisamente, (*con tono cariñoso*) Beatriz! lo que busco, lo que anhelo, con toda el alma... es estar a su lado, para pensar únicamente en cosas superiores y no en subalternas; sobre todo, porque quiero libertarme definitivamente de ciertas influencias perniciosas que lo obligan a uno, a «¡hacer cosas que no debe!... y así como tú te has revelado con carácter contra las modas impertinentes del modisto, yo también, quiero revelarme contra otras modas impertinentes, con el auxilio de Don Severo y de mi simpática Beatriz...

(*La agarra de la mano y medio abrazado, camina con ella a un extremo del salón y le dice*:) Mira, hablando con el doctor Rodríguez, me decía que presiente un «cataclismo social extraordinario para dentro de breve tiempo», si es que no se pone una barrera infranqueable a estas desnudeces incompati-

bles... y que, como en las tempestades borrascosas se debe echar ancla de inmediato, con el grito consabido de «¡sálvese quien pueda!», me preguntaba en tono pesaroso, qué precauciones habría ya adoptado para ponerme a cubierto de las furias bataclanescas; ¿y sabes lo que le contesté?

BEATRIZ — ¿Qué le contestaste?

Dr. GUZMAN — (*La abraza más fuertemente, recostando la cabeza sobre el pecho de Beatriz*). Le contesté que yo estaba tranquilo, porque echaría mi ancla «en el regazo de mi mujer»... que era el lugar más seguro para salvarme y que desde allí... meciéndome acurrucado en «esa cunita de amor...» contemplaría sin inquietudes... el vendaval que pasa... ¡arrasándolo todo!

Le dije, también, que los hombres éramos unos tontos, mil veces tontos, al no saber apreciar ¡en todo lo que vale! «esa cuita de amor». Que creía que todo el oro del mundo no sería suficiente para valorizarla, porque ¡a la verdad! vale tanto!... pero tanto...! que no tiene precio!....

BEATRIZ — (*Muy contenta, se desprende de él*). Si es así, estoy conforme en que esa sociedad se haga, pero. (*Agarrándole de la mano lo lleva al otro extremo del salón*) y mira, tú también; y díle al doctor Rodríguez, que eres muy elocuente, que sabes muy bien cautivar con tus buenas palabras; que cuando éramos novios, me prometistes «el oro y el moro»; que después, cuando te dí el varón, y luego la nena, me volvistes a prometer «más oro y más moro»; y que ahora, me prometes ¡nada menos! que todo el oro del mundo!...

Díle, en fin, que no creo en tanta grandeza, que de cualquier modo, te condeno a una cuarentena de 5 meses... y que después... veremos... Si la com-

postura es real... positiva, díle, que me conformaré «¡con mucho menos que con todo el oro del mundo!», porque me taparía los sentidos, y no te podría decir lo que te digo ahora tan dulcemente... (*en tono lloroso*), que seguiría siendo tu esclavita... y la esclavita de tus hijos...

Dr. GUZMAN—(*Muy conformado*) Pero... ¿por qué me quiere sacrificar tanto tiempo? (*Se aproxima a ella con intención de darle un beso*).

BEATRIZ — (*Se revela con carácter*). ¡Te he dicho que te condeno a una cuarentena de 5 meses y no hablemos más del asunto!

ESCENA IV

PORTERO — (*Se aproxima al Doctor*). El doctor Severo Rodríguez me encarga que lo anuncie.

BEATRIZ — ¡Ah! Me retiro.

Dr. GUZMAN — Espera, que te presentaré el doctor Rodríguez. (*Y dirigiéndose al portero*). Hágalo pasar inmediatamente.

Dr. RODRIGUEZ — Muy buenas noches, doctor Guzmán, (*Entrega al portero su bastón y sombrero*). Cumpliendo con lo que hemos convenido, de continuar en su casa las tareas profesionales, aquí me tiene a sus órdenes. (*Le estrecha la mano*).

Dr. GUZMAN — Muy agradecido a su atención. Le presento, doctor, a mi señora Beatriz...

Dr. GUZMAN — Muchísimo gusto, señora..... (*Extiende la mano y echa un vistazo a sus nuevos modelos, faldas largas, etc.*)

BEATRIZ—Mucho placer, doctor, de saludarlo...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Pero, cómo, señora! ¿No anda usted a la moda?...

BEATRIZ — ¡No, doctor! Me he revelado con-

tra estas modas que no cuadran a una mujer honesta; sobre todo, que le hacen pasar a uno muchos calores indebidos... mostrando piernas, brazos, espaldas, etc. ¡y ya le he dicho!! (*Se sorprende y olvida que el marido no sabe nada de la consulta y se lleva la mano a la boca haciéndo ademán de tapársela*).

Dr. GUZMAN — ¿Pero, cómo?

BEATRIZ — ¡Sí! (*Dirigiéndose al doctor Rodríguez, repuesta de su primera turbación*). He querido decirle, que a mi marido, ya se le he dicho, que nadie me verá más en lo sucesivo... mis piernas... nunca más!...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Ah, pero muy bien, señora! Observo, efectivamente, que Vd. va *cumpliendo*... (*Beatriz cree que al doctor Rodríguez se le va a escapar lo de las instrucciones, y le hace un recuerdo con disimulo*). Sí, quiero decir, con los deberes propios de su sexo y de su estado de casada.

Dr. GUZMAN — ¡Claro está!

BEATRIZ — Y como Vds. tendrán mucho que trabajar, los dejo libres; ansiosa, ¡eso sí! de que arriben cuanto antes a las grandes soluciones que se espera del programa,—que según mi esposo,—están Vds. elaborando para bien del país.

No olviden que la mujer puede y debe tomar un papel muy importante en las nuevas orientaciones económica-sociales; sobre todo, que ya queremos independizarnos de la tutela masculina, para capear solas, por nuestros respetos, con igualdad de derechos civiles y políticos, (*con arrogancia*). «¡Para eso, nos haremos respetables!»

Dr. RODRIGUEZ — Tiene mucha razón, señora, me doy cuenta de la importancia de sus declaraciones; oportunamente las tendremos en cuenta

BEATRIZ — Con permiso, doctor. (*Hace una reverencia y se retira*).

ESCENA V

PORTERO — (*Se aproxima al doctor Rodríguez*). Doctor, el señor Antonio Medina ha sabido que Vd. se encontraba aquí; le pide que lo perdone, pero que desea consultar con Vd. urgentemente. Le ruega, quiera atenderlo.

Dr. RODRIGUEZ — ¿Qué le parece, doctor Guzmán?

Dr. GUZMAN — Sí, doctor; hágalo pasar.

Dr. RODRIGUEZ — (*Dirigiéndose al portero*). Hágalo pasar.

MEDINA — Buenas noches, doctor. (*Extiende la mano al doctor Rodríguez*).

Dr. RODRIGUEZ — Le presento a mi socio, el doctor Guzmán.

MEDINA — Mucho gusto, doctor. (*Extiende la mano*).

Dr. GUZMAN — El gusto es mío, señor Medina.

MEDINA — Perdóneme que lo moleste a estas horas y en casa ajena; pero es que estoy muy afligido por mi situación comercial. He sido víctima de una verdadera iniquidad por parte del Banco de Negocios, que después de haber cumplido correctamente mis obligaciones con ese banco, durante muchos años, sin motivo, de súbito me niega el crédito que disfrutaba, no dándome explicación de ninguna especie; y ésto, como Vd. comprenderá, me crea una situación muy grave, de presentación a los tribunales. ¡Después de tantos años de labor honesta, doctor (*muy apenado y con voz media ahogada*) me veo en la ruina...! en la mise-

ria!... con mi mujer!... y con mis hijos....! (*Se pone a llorar*).

Dr. GUZMAN — (*Aproximándose al señor Medina y pasándole el brazo por sobre la espalda*). ¡Tranquilícese, señor Medina! trataremos de evitar su ruina y la de su familia. (*Con entonación y arrogancia*). ¡No interesa al país hundir a nadie! y menos, a un hombre de sus condiciones, que bien puede considerarse (*con entonación*) ¡un héroe de la industria nacional! Creo que en 40 años, algo le debe el país de su progreso, de su prosperidad general!... y así como en todas partes se levantan monumentos para glorificar a los héroes que lucharon por la nacionalidad; así, también, (*con entonación*), se deben levantar otros monumentos para glorificar a los que han laborado y laboran al grandeza nacional!...

Dr. RODRIGUEZ — (*Con arrogancia*). ¡Si señor!, y ahora mismo, llamaremos al gerente del Banco de Negocios a su casa particular.

(*Aproximándose al teléfono, llama* o86o *Avenida, y se produce el siguiente diálogo*:)

Dr. RODRIGUEZ. — ¿Hablo con el gerente del Banco de Negocios?

GERENTE — Sí, señor.

Dr. RODRIGUEZ — Discúlpeme, señor gerente, que lo moleste en su casa particular; es el doctor Severo Rodríguez el que le habla, para comunicarle, que me han traído una denuncia muy grave contra el banco. ¿Quiere tener la bondad de molestarse hasta la casa del doctor Guzmán, donde me encuentro, y allí hablaremos...?

GERENTE — Con mucho gusto, salgo para allí inmediatamente.

Dr. RODRIGUEZ — Muy bien; lo espero. (*Dejando el aparato, se dirige al señor Medina*). ¿Qué

hace en estos casos la Unión Industrial Argentina, que tanto reclama y pregona la protección a la Industria nacional? ¿Por qué abandona sus verdaderas funciones de amparar al que cae en desgracia por iniquidades como las que le pasa a Vd. en este momento?

MEDINA — No lo sé; pero lo cierto es que anda al revés de sus funciones. No ampara ni proteje nada ni a nadie. Al contrario, con su silencio y tolerancia, deja que diariamente se cometan las mayores injusticias; hoy cae uno; mañana otro; y así, en procesión funeraria sin término, nos hundimos sistemáticamente todos. ¡Ella! nos contempla de brazos cruzados; y para colmo, nos despide después con la frase del italiano «que te vaya vene»; y luego, con un laticuorum... nos despacha al nifierno. «¡Requiem in pace!»

Dr. RODRIGUEZ — ¡Bonita manera de amparar los intereses de sus asociados! Es en estos casos, precisamente ,cuando ella debe amparar y protejer! Y, dígame, señor Medina, ¿no ha pensado usted en alguna solución práctica y conveniente, para estabilizar todos los valores comerciales que giran alrededor de estas cuestiones tan importantes; sobre todo, los capitales de los bancos, que deben ser garantidos, porque no olvide, señor Medina, que los bancos son necesarios y no cometen iniquidades porque sí, ellos, también, tienen sus motivos, y deben ponerse a la capa de las tampestades?...

Sr. MEDINA — Comprendo, muy bien, que los bancos son necesarios, a mí me han ayudado durante muchos años; comprendo, también, que sus capitales deben ser garantidos; pero ellos, tienen el amparo legal del redescuento; a nosotros, ¿quién nos ampara?..... ¿Acaso no somos tan indispen-

sables como ellos, para estimular la riqueza general?

Dr. RODRIGUEZ — Lo que quiere decir, señor Medina, que Vd. necesita de alguien que lo ampare permanentemente en su estabilidad y prosperidad.

Sr. MEDINA — Exactamente.

Dr. GUZMAN — ¿Qué le parece si organizaramos un banco «exclusivamente para estos objetos», que, al mismo tiempo que haga comanditas comerciales, honestas y legales, garantice un porvenir libre de pesadillas molestas, como las que le ocurren a Vd. actualmente.

Sr. MEDINA — ¡Ah! pero esto sería francamente una gran solución, de trascendencia general; el banco intervendría permanentemente mis negocios con la gerencia en sus manos, y participaría, además, de las utilidades como socio.

Dr. GUZMAN — Y Vd. sería, a su vez, socio del banco.

Sr. MEDINA — ¿Cómo así?

Dr. GUZMAN — Como sería sociedad anónima por acciones, Vd. intervendría en su administración y participaría también, de sus utilidades...

Sr. MEDINA — ¿De manera que seríamos socios recíprocos?...

Dr. GUZMAN — Exactamente.

Sr. MEDINA — ¿Cómo se llamaría ese banco?

Dr. RODRIGUEZ — Banco Comanditario Argentino. Forma parte del programa que estamos organizando para humanizar los procedimientos bancarios, resolviendo en forma práctica los distintos problemas económico-sociales.

Tendría un carácter mixto y cooperativo; es decir, que el Estado sería el principal accionista, desde que, a nadie interesa más que a él, que todos

prosperen y que nadie caiga. Este banco no haría, desde luego, la competencia a los demás bancos, porque sería un organismo complementario de garantía y contrapeso.

Sr. MEDINA — ¿De manera que mi socio sería el Estado?

Dr. RODRIGUEZ — Ni más ni menos.

Sr. MEDINA — ¡Pero esto sería sencillamente colosal!

Nunca me sentiría ni más honrado con la compañía, ni más seguro de mí mismo. Convendría hacer cuanto antes esta experimentación; ¿se necesitaría mucho capital?

Dr. GUZMAN — No, señor Medina. Nada más que unos 10.000.000 de pesos y mi socio, el doctor Rodríguez, oportunamente explicará el mecanismo de este banco. ¡Es el huevo de Colón para el comercio, la industria y la clase proletaria del país!...

ESCENA VI

PORTERO — (*Se aproxima al doctor Rodríguez*) El gerente del Banco de Negocios espera en antésalas...

Dr. RODRIGUEZ — ¿Hace mucho que espera?

PORTERO — Sí señor; hace un buen rato, porque esperaba que se retirara el señor Medina.

Dr. RODRIGUEZ — ¡Ah, muy bien! Hágalo pasar. (*Intertanto, dirigiéndose al doctor Guzmán y al señor Medina*). Ellos nos hacen esperar más tiempo, porque sostienen la teoría, de que, la personalidad de la gerencia se agranda, cuanto mayor se hace la espera en antesalas,

Dr. GUZMAN — ¡Bonita teoría para ignorantes, pero nunca para hombres de negocios; sobre todo, para gerentes de bancos, que deben saber mejor

que nadie, que «!the time is money! » Evidentemente andan al revés de los ingleses.

GERENTE — (*Entra con aire de suficiencia, fumando un cigarro habano*). Buenas noches, ¿cómo lo pasa, doctor Rodríguez? (*Le extiende la mano*). Vengo a ponerme a sus órdenes. (*El portero toma el sombrero y bastón y los coloca en el perchero*).

Dr. RODRIGUEZ — Buenas noches, señor gerente. (*Y dirigiéndose al doctor Guzmán*). Tengo el agrado de presentarle a mi socio del estudio, doctor Guzmán.

GERENTE ((*Extiende la mano*). Mucho gusto, Dr. Guzmán.

Dr. GUZMAN — El gusto es para mí, señor gerente.

Dr. RODRIGUEZ — Creo que ya lo conoce al señor Medina.

GERENTE — Sí, señor. Desde hace muchos años nos conocemos. ¿Cómo lo pasa, señor Medina? (*Le extiende la mano*).

Sr. MEDINA — ¡Muy mal, señor Gerente! He venido en consulta a este estudio, porque la negativa del Banco de Negocios, me ha colocado en una situación irremediable de presentación a los tribunales.

Dr. RODRIGUEZ — Tomemos asiento y conversemos. (*Todos toman asiento*).

Dr. RODRIGUEZ — Y bien, señor gerente; el señor Medina, comerciante antiguo de esta plaza, de muy buena moral comercial y social, se queja del Banco de Negocios, que después de ser su cliente por más de 40 años, y de cumplir correctísimamente sus obligaciones bancarias; el banco, sin motivo y sin ninguna explicación, de súbito le quita el crédito que disfrutaba, creándole una situa-

ción de quiebra. ¿Cómo el banco puede cometer semejante injusticia, señor gerente?...

GERENTE — El Banco no comete ninguna injusticia, doctor, al negar crédito al señor Medina, porque es dueño de disponer de sus capitales; hoy le interesa la operación mañana no; no estando obligado, por otra parte, a dar ninguna clase de explicación, por más que se reconozca, como en el caso del señor Medina, un perfecto comportamiento bancario.

Dr. RODRIGUEZ — ¡No me convence, señor gerente!... Vd. se olvida que el banco realiza funciones de orden o de interés público; y por más que se crea dueño de disponer de sus capitales como se le antoje, no puede ir contra la Constitución Nacional, atentando contra el bienestar del señor Medina, y la de su familia. ¿Ignora acaso su directorio, que es principio esencial de la Constitución el de «promover el bienestar general» y no la desgracia general?

GERENTE — ¡Es Vd., doctor, el que no me convence! Para nosotros, no existe más constitución nacional que nuestros estatutos, ni más bienestar general que nuestros bolsillos. Por consiguiente, lo único que impera en nuestro banco, son las disposiciones del directorio y nada más!...

Le repito, somos dueños de nuestros capitales y los disponemos a nuestro paladar, sin tener en cuenta para nada (*en tono despreciativo*), el interés público... el bienestar general o la Constitución Nacional!

Dr. RODRIGUEZ — (*Indignado se levanta de su asiento, pega un puñetazo sobre el escritorio que hace saltra de su asiento al gerente, al señor Medina y al doctor Guzmán*). ¡Está bien, señor gerente! Ya que le importa un bledo la Constitución Nacio-

nal y el bienestar general consagrado en la misma; le doy 24 horas de plazo a su directorio, para que reconsidere la situación del señor Medina; pues, de lo contrario, me presentaré en el día al Ministro de Justicia e Instrucción Pública, acusando al Banco de Negocios ,por arbitrario; por injusto; por atentar contra el bienestar general. En consecuencia, pediré al Ministro, que le retire la personería jurídica, o bien, que se le prive del derecho al redescuento, porque el Banco de Negocios, no goza de ningún privilegio mayor del que pueda gozar el señor Medina... Para el Estado no puede ni debe haber distingos de ninguna especie, y menos, que unos sean hijos y otros entenados.... (*Con arrogancia*). ¡No, señor gerente! todos somos hijos de esta democracia, con iguales derechos a la alegría de la vida que debe ser respetada. (*El gerente hace manifestaciones de desdén y mofa. Se retira indignado*). (*Con arrogancia*). ¡Oiga, señor Gerente! Dígale también a su honorable directorio, que estamos organizando un programa de liberación económica-social; y que, a fin de humanizar los procedimientos bancarios, patrocinamos la siguiente reglamentación para la personería jurídica de los bancos. «A toda institución bancaria que prive del crédito a un cliente, que pruebe haber cumplido correctamente sus obligaciones y tenga la misma responsabilidad que la anterior declarada al banco, y sea de buena moral comercial; se le privará del redescuento, o se le quitará la personería jurídica, y sus directores, serán procesados y condenados a 3 años de prisión, por atentar contra el bienestar general».

(*Más indignado, hace ademán de retirarse*).

Dr. GUZMAN — (*Con entonación*). Oiga, señor gerente! Dígale a su honorable directorio, que

el Banco de Negocios está atentando contra la moral bancaria, porque realiza actualmente comanditas ilegales y deshonestas; que una cosa es el interés de ventanilla y otra, muy distinta, la comisión o coima que cobra detrás de la ventanilla.

Dr. RODRIGUEZ — (*Con entonación*). ¡Sí, señor! que una cosa es enriquecer al banco oficial, y otra, muy distinta, es enriquecer a los directores y gerentes extraoficialmente.....

GERENTE — (*Cada vez más indignado, hace ademán de retirarse*).

Dr. GUZMAN — (*Con arrogancia*). ¡Oiga, señor gerente!... Dígale, asimismo, a su honorable directorio, que «el actual gerente del Banco de Negocios tiene 4 garçoniers; que no se puede mantener estos 4 garçonniers con los mil pesos de sueldo que gana; que está constituído en un Pachá moderno de ¡nuevo cuño! que atenta contra la tranquilidad social; que, por consiguiente, debe ser exonerado inmediatamente, procesado y condenado como los directores, a 3 años de prisión...

GERENTE — (*Cada vez más indignado, hace ademán de retirarse*).

Dr. RODRIGUEZ — (*Con arrogancia*). ¡Oiga, señor gerente!... Dígale, también, a su honorable directorio, que usted está completamente al revés de los turcos; porque allá, en Turquía, el Pachá, todo lo gira a descubierto y por cuenta propia, mientras que Vd., aquí, todo lo gira a escondidas y por cuenta ajena.

GERENTE — (*Cada vez más indignado, en la puerta de salida, escucha*).

Dr. GUZMAN — (*Con entonación*). ¡Oiga, señor gerente!... No se olvide del plazo de 24 horas que se le ha dado.

GERENTE — ¡Está bien! Dígale al señor Me-

dina «que mañana, sin falta», pase por el Banco a realizar su operación que está acordada.

Dr. RODRIGUEZ — Conforme. ¿Ha oído, señor Medina?

Sr. MEDINA — ¡Ah, sí, doctor! Estoy muy contento y agradecido al éxito de sus gestiones; compromete mi gratitud y la de mi familia para toda la vida, doctor Rodríguez. (*Se aproxima al doctor Rodríguez y le estrecha cariñosamente la mano, y luego hace lo mismo con el doctor Guzmán*). Buenas noches, señores... (*Con una reverencia se retira muy contento.*)

ESCENA VII

PORTERO — (*Se aproxima al doctor Rodríguez*). Un comerciante llamado Manuel Nicolini, con su señora, desean hablar con Vd., doctor, Han sabido que Vd. se encontraba auqí...

Dr. RODRIGUEZ — Muy bien. Hágalos pasar...

PORTERO — Pase, señor Nicolini. Ahí está el doctor...

Dr. RODRIGUEZ — (*Se anticipa*). Mucho gusto, señor Nicolini de saludarlo...

NICOLINI — Y yo de saludarlo a Vd., doctor. Le presento a mi señora María...

Dr. RODRIGUEZ — (*Extiende la mano*). Mucho gusto, señora...

MARIA — (*Con tonada tucumana*). El placer es para mí, doctor Rodríguez...

Dr. RODRIGUEZ — A mi vez, les presento a mi socio del estudio, doctor Guzmán. (*Se dan las manos*).

Dr. RODRIGUEZ — Y bien, señor Nicolini, ¿en qué le puedo ser útil?

NICOLINI — Yo, señor, soy italiano, creo que no desmiento la cría; hace muchos años he venido como inmigrante a esta hermosa tierra. Me casé con Maruca, una criolla de pura cepa tucumana, y tenemos con ella siete hijos, todos argentinos.

Dr. RODRIGUEZ — ¿Quiere divorciarse de la tucumana?

NICOLINI — Ma, no, doctor; Maruca, mi mujer, es una buena criollita,—no porque ella esté aquí presente se lo digo;—me ayuda a trabajar en el boliche que tenemos, pero no obstante todos nuestros esfuerzos y nuestros ahorros, no hemos podido pagar la patente este año. Má los clientes no me pagan, porque dicen que hay una profunda crisis comerciale; y además, porque todos en casa estamos atacados de una grippe furiosa. (*Estornuda*).

MARIA — (*Estornuda*).

NICOLINI — Por todo esto no hemos podido pagar la patente, como le digo, y «el fisco nacionale» nos ha pedido la quiebra, sellando nuestro boliche.

Dr. RODRIGUEZ — ¿Cómo dice?

NICOLINI — ¡Sí, doctor! El fisco nacionale nos ha pedido la quiebra. (*Con voz ahogada y llorosa*). Es nuestra ruina, doctor.

MARIA — (*Se levanta y se aproxima al doctor Rodríguez, con voz llorosa*). Se nos bota, doctor, a la calle... y se priva del pan a nuestros hijos... (*Se pone a llorar*).

Dr. RODRIGUEZ — ¡Cálmese, señora!

MARIA — (*Agarrándose del doctor Rodríguez*). No permita, doctor, que en nuestra tierra se cometan estas iniquidades; el napolitano es muy bueno, trabajador incansable y, sobre todo, sabe dar-

se maña para hacer muchos ciudadanos. ¡Si usted los viera, doctor...! quedar a enamorado de ellos!

NICOLINI — ¡No sé qué hacer... doctor, y antes de dar otro paso... ¡el de concluir (*voz ahogada y temblorosa*) con toda mi familia!...

MARIA — (*Se abraza de su marido llorando*). ¡Oh, no!... Manolo...! ¡todo se te arreglará! debemos tener confianza en que estos doctores nos protejerán!

NICOLINI — He venido a consultarle sobre nuestra situación... por si Vd. le encuentra otra mejor solución que la del cianuro... (*Estornuda*).

MARIA — ¡Pero no, Manolo! no pienses así, que me asustas, y vos sabes que no puedo sufrir emociones fuertes... ¡si estoy nuevamente en éstado interesante...! (*Estornuda*).

NICOLINI — (*Desprendiéndose de su señora*). ¡Déjame de tonterías y de estado interesante! ¡El momento no está para bromas!...

Dr. GUZMAN — ¡No es para tanto, amigo Nicolini! además, no olvide Vd. que la Policía ha reglamentado el uso del cianuro... y así no más no lo va a conseguir...

NICOLINI — ¡Perdóneme, mi doctor! pero es una verdadera macana esta reglamentación de la Policía, porque ha confundido lamentablemente chicha con limonada; efecto con causa...

MARIA — ¡Sí, señor! y aserrín con pan rayado...

NICOLINI — Para evitar que se recurra al cianuro, debe reglamentarse, no su uso, sino que nadie sea condenado al hambre!... a la miseria...! (*Llora*).

MARIA — Y entonces verá el Jefé de Policía que nadie ¡ni se acuerda de que existe tal cianuro ni cosa que se le parezca! (*Llora*).

Dr. GUZMAN — ¡No llore, amigo Nicolini...! trataremos de ayudarlo para el pago de su patente. ¿Cuánto importa su patente?

NICOLINI — 400 pesos.

Dr. RODRIGUEZ — ¡QUe barbaridad! ¡Por 400 pesos se arruina a toda una familia de 9 personas...! (*Se pasea nervioso*). ¿En qué estará pensando el Fisco Nacional si esto no lo puede hacer?

Dr. GUZMAN — ¿Cómo no lo puede hacer si necesita de estas sanciones para hacerse de recursos, de lo contrario, nadie le pagaría sus respectivas patentes?

NICOLINI Y MARIA — (*Lo miran al doctor Guzmán, furiosamente indignados*).

Dr. RODRIGUEZ — Le he dicho, doctor, que no lo puede hacer; ¿cómo armoniza Vd. el principio constitucional de promover el bienestar general con esta desgracia general de 9 personas?

NICOLINI—¡Nó, señor; no lo puede hacer! y usted doctor Guzmán y el fisco nacionale, andan con el paso cambiado; primero, está la constitución nacional; y después, la ley de patentes. Disculpe esta lección, mi querido doctor en leyes...,

Dr. GUZMAN — ¿Y con qué recursos reemplazaríamos entonces las patentes que no se pagan?

Dr. RODRIGUEZ — Sencillamente con los millones que se destinan a costear nuevos inmigrantes, porque antes de introducir nuevos elementos extraños al país, debemos proteger primero, al que ya está radicado, casado, y que lo sabemos hombre bueno, trabajador y padre de numerosa familia...

NICOLINI — Otra lección, mi querido doctor en leyes ;y a más, es de observar que no siempre resulta bueno y sincero el que viene; a lo mejor,

resulta uno de esos anarquistas furiosos, que hacen temblar la tierra sin consideración para nada ni para nadie, mientras que yo, ya soy un argentino probado, que ha trabajado con mi mujer Maruca... siete robustos ciudadanos... y estamos en condiciones «¡muy macanudas todavía!... para hacer siete más!...» (*Estornuda*). ¿No es verdad, Maruca?

MARIA — ¡Sí, es verdad, Manolo!... La cuestión es que nos den tiempo... (*Estornuda*).

Dr. GUZMAN — Con tiempo o sin tiempo, Vds. no deben tener más hijos, porque si no pueden criar, alimentar o educar los que tienen, ¿para qué quieren más?

NICOLINI — Estas cosas no se gobiernan al paladar de uno, doctor Guzmán...

Dr. GUZMAN — ¡Sí, señor! un modesto obrero de sus condiciones, debe regular la concepción... y Vd. recordará, doctor Rodríguez, que hace poco se reunió en Londres un congreso feminista de obreras, y aceptó el principio humanista de la regulación...

Dr. RODRJGUEZ — Sí; pero no estamos en Londres. A un hombre como Nicolini, que sabe hacer tantos citadinis, no se le debe cortar las alas sino que se le debe dar alas para que vuele y se remonte a las regiones donde llegaron, Devoto; Bernasconi; Vasena; Raggio; y tantos otros. Por consiguiente, amigo Nicolini, «¡nada de regulaciones y adelante con los citadinis!

NICOLINI — ¿Qúé te parece, Maruca, esto de las regulaciones?

MARIA — Estamos con el doctor Rodríguez, por regulaciones... que se vaya a los tribunales y se pida a los jueces; a nosotros, que nos dejen trabajar en paz, sabremos lo que tenemos que ha-

cer...

NICOLINI — Y es una verdad de Pedro Grullo, que si nosotros no pagásemos patente ni otras contribuciones, que nos cortan las alas...

MARIA — ¡Claro está! remontaríamos muy lejos...! muy arriba...!

NICOLINI — Para que desde allí, en las alturas, donde el aire se respira mejor, pueda enviar un saludo reverente, cariñosamente inefable, a mía segunda patria... que ha sido buena...! (*Con voz media ahogada*), ¡muy buena! con el pobre gringo go Nicolini...!

Dr. RODRIGUEZ — (*Se sienta en su escritorio y escribe una carta para el Gerente del Banco de la Clase Media*). ¡Ah, pero muy bien, amigo Nicolini! por esas hermosas palabras que acaba de pronunciar; vaya al Banco de la Clase Media, hable con el gerente, y le entraga esta carta. Es la orden para que se le otorgue un crédito de 400 pesos a 12 meses. Pague su patente, y levante su quiebra.

En lo sucesivo..., ya no le cortaremos las alas para que pueda remontar y tomar vuelo con el Banco Comanditario Argentino.

NICOLINI — (*Loco de alegría, le da un beso a su mujer y estrecha fuertemente la mano del doctor Rodriguez*). Muchas gracias!... un millón de gracias!... (*Estornuda*).

¡Ah, manaya este porco refrío!

MARIA — (*Dando la mano al doctor Guzmán, estornuda y patea enfadada*).

Dr. RODRIGUEZ — (*Palmeando la espalda de Nicolini*). Siga trabajando y prosperando tranquilo en su negocio, amigo Nicolini; sobre todo, siga haciendo con su tucumanita, nuevos robustos citadinis, para que ¡algún día! la república entera

con grito soberano le diga: (*con entonación*) ¡Nicolini... viejo!... (*Levantando la mano*) ¡Viva.... Nicolini!...

NICOLINI — (*Con entonación*). Y yo diré, entonces: ¡Viva la república y abajo las regulaciones!... Vamos, Maruca... (*La toma del brazo y en la puerta de salida*):

MARIA — ¡Sí, señor! ¡Abajo las regulaciones! (*Dando ambos media vuelta y con el pañuelo en los ojos*:)

NICOLINI — A...d...i...o A...d...i... mis carísimos doctores.

Dr. GUZMAN — Francamente mi querido amigo, me siento cada vez más entusiasmado con nuestro programa de liberación económica, y no sé cómo agradecerle la oportunidad que me ha brindado, de ser útil al país, en forma tan interesante y en compañía tan agradable...

Dr. RODRIGUEZ — Muchas gracias...

Dr. GUZMAN — Sobre todo, estoy maravillado de la eficacia estupenda que tendría el Banco de la Clase Media que, desde luego, estaría llamado a un grandioso porvenir, ¡es tan numerosa la clase media!...

Dr. RODRIGUEZ — Hay que permitir a los empleados que vivan con luz y alegría resplandeciente; sobre todo con latidos de corazones que impriman fuerza constructiva a las corrientes espirituales de la clase media; que, por lo mismo que son los más, son los que más hacen o estimulan la grandeza de la Nación.

Dr. GUZMAN — ¿Y para garantir el crédito de los bancos, no pensó algo amigo Rodríguez para nuestro programa, ya que es urgente estabilizar estas instituciones que tambalean al primer soplo de viento fuerte?

Dr. RODRIGUEZ — ¡Pero cómo no, doctor Guzmán! Interesa tanto tutelar el crédito como función de gobierno, ¡que bien vale la pena! crear el Departamento Nacional de Crédito, para que, con reservas generales centralizadas, constituir un poderoso tesoro común que sea capaz de estabilizar todos los negocios que se encuentran hoy a merced del primer protesto.

Dr. GUZMAN — De manera que con estas tres instituciones a crearse...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Sí, amigo! Estas tres instituciones a crearse: Banco de la Clase Media, para las necesidades de la clase media; Banco Comanditario Argentino para el amparo del comercio, la industria y la clase proletaria del país; y el Departamento Nacional de Crédito, dominarán los puntos estratégicos y cuidarán del avance del país y de su retaguardia, especialmente. (*Con entonación*). Las nuevas normas de solidaridad social, se practicarían diariamente con estos organismos financieros ;y el avance se haría tranquilo, sistemático y sin desgarramientos inútiles, por otra parte, porque, ¡ni siquiera habrían rezagados!

En una palabra, doctor Guzmán, (*con entonación*). La familia argentina unida con amor fecundo,—financieramente hablando, — y en marcha triunfal al grandioso porvenir soñado por Rivadavia, Sarmiento, Mitre y muchos otros argentinos ilustres.

ESCENA VIII

BEATRIZ — (*Entra con una bandeja y dos pocillos de café*). Ruego, que ninguno se moleste; quiero tener yo el inmenso honor de servir est ecafé a dos eminentes juristas de nues-

tro foro. (*Mira con gracia haciendo ya justicia a su esposo, que lo está considerando reformado, trabajador incansable y muy cariñoso*).

Dr. RODRIGUEZ — Si es así, señora, muchísimas gracias. Nunca más honrado que con su gentilísima atención.

BEATRIZ — (*Se aproxima a la mesa del doctor Rodríguez, coloca la fuente sobre ella y le sirve una tacita de café. En voz baja para que no lo sienta su esposo, y dándole la espalda*). ¡Ya he dominado la situación! ¿Me acorta el plazo de la cuarentena? ¡Es tan largo 5 meses!

Dr. RODRIGUEZ — ¡Tenga paciencia, señora!... No podemos acortar el plazo en un solo día, porque cualquier alteración en ésto, puede resultar de fatales consecuencias para la sincera y perdurable reconciliación que intentamos. Por consiguiente, sufra un poco... la mujer está acostumbrada a sufrir, por otra parte, y un sufrimiento más o menos...

BEATRIZ — (*Un poco enfadada*). ¡Está bien, sufriré!...

(*Se aproxima a la mesa de su esposo, le pasa la tacita de café en forma un tanto cariñosa y risueña*).

Dr. GUZMAN — (*Toma la taza de café*). ¡Estás hecha un encanto, mujer, te quiero más que nunca!... (*Hace ademán de tocarle la cara, pero ella se subleva y le dice con arrogancia, pero en voz baja*). ¡Ya te he dicho que debes sufrir una cuarentena de 5 meses y no me hagas que te lo repita por centésima vez! ¡Sufra, Doctor! ¿quién le manda andar con modas impertinentes? (*Coloca la fuente sobre una mesita y se marcha con* buenas noches...)

Dr. GUZMAN — ¡Pero si ya no ando más!...

BEATRIZ — ¡De cualquier modo, sufra, doctor... como castigo!

(*Dándose vuelta*) ¡Sufra!

... ...

Dr. RODRIGUEZ — ¿Qué le pasa a su señora? La noto un poco arisca...

Dr. GUZMAN — Sí; anda muy cabrera conmigo por aquello... que Vd. sabe...

Dr. RODRIGUEZ — Ah, sí, pero ya se le pasará, siga insistiendo... y no se olvide que la perseverancia es madre de todos los éxitos...

ESCENA IX

PORTERO — (*Se acerca al doctor Guzmán*). Doctor... Un repórter del diario «Nuevos Rumbos» ha sabido que el doctor Rodríguez se encontraba aquí y le solicita una entrevista.

Dr. GUZMAN — ¿Qué le parece doctor Rodríguez?

Dr. RODRIGUEZ — Con el mayor gusto (*Dirigiéndose al portero*). Hágalo pasar...

Será seguramente para algún reportaje, pero, naturalmente, sin cobrar...

Dr. GUZMAN — ¡Cuidado, doctor, con estos alacranes!

Dr. RODRIGUEZ — No se preocupe. Me interesa este diario por lo de «Nuevos rumbos», ¡es muy subjetivo!

REPORTER — (*Saluda atentamente a ambos doctores*).

Dr. RODRIGUEZ — ¿En qué le puedo servir amigo repórter?

REPORTER — Sencillamente, un reportaje, doctor. Ha llegado a conocimiento de nuestro diario, que Vds. planean la creación de un formidable organismo financiero para tutelar el crédito en ge-

neral, especialmente el de los bancos. ¿Quisiéramos saber la verdad de estas informaciones y algunos detalles de ese coloso?

Dr. RODRIGUEZ — Efectivamente. Es exacta la información llevada a «Nuevos Rumbos»... y no tengo ningún inconveniente en darle todos los detalles que usted solicite.

REPORTER — ¿Me permite tomar asiento para escribir sus respuestas?

Dr. RODRIGUEZ — Con mucho gusto. Tome asiento, aquí, en este escritorio del doctor Guzmán; tiene todo lo que puede necesitar...

REPORTER — Muy bien, estoy listo.

Dr. RODRIGUEZ — Manifieste a su diario, y al público que lo lee, que interesa tanto al Estado, que el empuje hacia adelante se haga tan vigoroso, con energías individuales duplicadas o triplicadas, que es urgente crear el Departamento Nacional de Crédito, para que, con reservas generales centralizadas, se constituya un formidable tesoro común, capaz de tutelar y garantir el crédito como función de gobierno...

REPORTER — ¿Cómo se impondrían estas reservas y a quiénes?

Dr. RODRIGUEZ — Por imperio de la ley que se dictaría al efecto y cuyo proyecto ya he presentado a la Cámara de Diputados, se impondrían: a los ferrocarriles, frigoríficos, bancos, a todas las sociedades anónimas comerciales e industriales del país; a todos los comerciantes y civiles que realizan operaciones de comercio, se impondría, repito, la obligación de hacer una reserva mínima anual del 10 por ciento de las utilidades, reservas que se centralizarían en esa repartición que le he dicho.

REPORTER — ¡Pero caracoles! (*asombrado*) ¡¡Tendríamos una verdadera lechería!

Dr. GUZMAN — ¿Cómo lechería?

REPORTER — Sí; le quiero decir, que tendríamos mucha!... pero mucha leche...!

Dr. GUZMAN — No le entiendo lo que Vd. quiere decir...

REPORTER — Quiero decir, sencillamente..... que tendríamos mucha plata.

Dr. RODRIGUEZ — ¡Imagínese 300 ó 400 millones de pesos anuales!...

REPORTER — ¿Y en qué se invertiría tanta plata?

Dr. GUZMAN — Acapararíamos y nacionalizaríamos todos los títulos de renta pública. Primero, los que están en poder del exterior; y luego, los interiores; ¿qué le parece?

REPORTER — Pero, con todo, tendríamos mucha más leche... para más títulos...

Dr. GUZMAN — Efectivamente. Seguiríamos acaparando los que se emitan en el porvenir, tanto nacionales como provinciales.

REPORTER — ¡A la verdad! Esto es de indispensable urgencia, porque, «por sumas relativamente pequeñas, se recurre siempre al extranjéro», doctor... ¡parece mentira que después de 100 años no tengamos ninguna capacidad financiera aún para las más modestas exigencias públicas.

Dr. RODRIGUEZ — ¡Tiene mucha razón, señor repórter!

REPORTER—Se me ocurre otra inversión útil...

Dr. GUZMAN — ¿Cuál es?

REPORTER — La de anticipar a las provincias, mediante un módico interés, el importe de las planillas mensuales de sueldos, porque así evitaríamos «el vergonzoso espectáculo de que las maestras de escuelas estén un año o más sin cobrar sus haberes»...

Dr. RODRIGUEZ — ¡Después queremos exigirles moralidad y honestidad!

Muy bien, señor repórter; veo que Vd. debe ser provinciano porque va comprendiendo la finalidad que se perseguiría con este organismo financiero.

REPORTER — Sí, señor; soy mendocino y me toca muy de cerca el asunto... ¿para qué hablarle más de mi tierra?

Dr. RODRIGUEZ — Pero si eso ocurre casi en todas las provincias...

Dr. GUZMAN — ¡Que enormidad!

REPORTER — ¿Y cuando no haya más títulos que acaparar, ni presentes ni futuros; nacionales o provinciales; ¿qué se haría con la leche que sobrase? ¿pondríamos alguna fábrica de queso o de manteca?

Dr. RODRIGUEZ — No. «Argentinizaríamos los títulos extranjeros de alta cotización».

REPORTER — ¿Y los ingleses qué dirían a estos verdaderos nuevos rumbos?

Dr. RODRIGUEZ — Sencillamente, que recién hemos aprendido a ser ordenados en finanzas, como ellos; y, al felicitarnos, nos dirían: «old richt».

REPORTER — ¿Y las rentas de estos inmensos capitales, a quiénes pertenecerían, porque este suplemento de la leche no lo hemos tenido en cuenta, doctor?

Dr. RODRIGUEZ — Después de cubiertos los quebrantos anuales que pudiera tener el Departamento Nacional de Crédito; «los sobrantes que serían muchos, ingresarían a la Tesorería General, como renta fiscal». Con estos recursos iríamos reemplazando los gravámenes que soporta actualmente el pueblo; y así, sucesivamente, a medida que estos recursos vayan creciendo, «iríamos suprimiendo todos los impuestos, hasta conseguir su

completa extinción»; es decir, que seguiríamos una política de no cortar alas a nadie, sino dando alas para que cada uno se remonte muy arriba...

REPORTER — ¡Yo ya me siento volar por los espacios siderales!... De manera, doctor, que este poderoso organismo financiero central, «sería un verdadero símbolo de unión nacional con platita en mano?

Dr, RODRIGUEZ — ¡Sí, señor! Y no sólo haría posible una marcha tranquila sin quebrantos, con créditos garantidos hasta el límite de las reservas atesoradas, sino que se haría posible practicar el principio de solidaridad social, — la ayuda recíproca, — a base de dinero y no de jarabe de pico».

REPORTER — ¡Tiene razón! Porque tengo la completa seguridad de que nunca conseguiremos ayudarnos recíprocamente, porque somos, entre nosotros, egoístas formidables y enemigos mortales.

Dr. GUZMAN — Parece mentira en miembros de una misma familia!

REPORTER — ¿En qué tiempo calcula Vd., doctor, que las rentas de estos capitales atesorados, cubrirían el presupuesto nacional?

Dr. RODRIGUEZ — En 15 ó 20 años, más o menos; y tal vez antes, porque habría que agregar a estas rentas, la que produciría y mucha, la Caja de Conversión, con el redescuento directo a los bancos de los documentos comerciales garantidos.

REPORTER — Otra cosa, doctor. ¿Es cierto que también piensan organizar las cantinas populares en todos los pueblos de la República, inclusive aquí, en el de la Capital, para que los necesitados puedan alimentarse con un plato de sopa caliente y puchero, a precio de costo 0.10 ó 0.15 centavos?

Dr. GUZMAN — Sí, es cierto. «Porque no es

posible que en el país de la carne, de la leche y del pan, ocurran angustias de hambre»; sobre todo, que existan conscriptos rechazados en las provincias en una proporción que supera al 60 % por enfermedades que son consecuencias del hambre, así como una mortalidad infantil pavorosa por iguales causas.

REPORTER — ¡A la verdad! ¡Es acreditar para el país una verguenza sin nombre!

REPORTER — Y en materia de colonización, ¿no tiene algún proyecto?

Dr. RODRIGUEZ — Sí, señor. Tenemos el proyecto que también hemos presentado a la Cámara de Diputados, con mi colega el doctor Guzmán, «de movilizar la totalidad de nuestros conscriptos, o sean 100.000 ciudadanos para concentrarlos anualmente en las provincias y territorios nacionales, en colonias militares para tareas agrícolas: formación de grandes bosques fiscales de yerba mate; nogales; olivares; castañares; limoneros; manzanares y especialmente de la mora, para la cría en gran escala del gusano de seda; ¿se da cuenta?

REPORTER — ¡Sencillamente colosal! Estos bosques fiscales tendrían, en pocos años, una producción inmensa «con beneficios estupendos para la Tesorería General de la Nación!»

Dr. GUZMAN — Al conscripto licenciado lo ubicaremos en el lugar, dándole en propiedad un pedazo de tierra con cédulas del Banco Hipotecario Nacional.

Dr. RODRIGUEZ — Es así, mi amigo, colocal; y diga Vd. a «Nuevos Rumbos», que ya nos parece ver... esa enorme producción que, circulando por todo el territorio de la República; inunda los puertos, las carreteras, los vagones, las estaciones de ferrocarriles, las barracas y los transportes ma-

rítimos que en caravanas gigantescas, cruzan el Paraná y el Océano para llevar y desparramar por el mundo,... la nueva savia de vida argentina...

Dr. GUZMAN — ¡Sí, señor! Diga, también, de mi parte, a «Nuevos Rumbos», que ya nos parece ver... a todos los pueblos del litoral y del Norte, convertidos en inmensas fábricas de hilados: de algodón, de lana y de seda, dando de trabajar al grande como al chico; al hombre como a la mujer, en una ansia suprema de hacer la riqueza de a patria chica.

REPORTER — Y yo, para no ser menos que Vds., agregaré a «Nuevos Rumbos», mi propia visión: como brotan como hongos en las riberas del Paraná, y en el interior de la República, ciudades colosales como Buenos Aires, que con sus infinitas chimeneas de negros nubarrones..., anuncian el laborar contínuo!... el despertar de un gran letargo!... y la alborada del venturoso día que se avecina!... ... ...

Pero, ¿y qué me dicen del aprieto en que se vería el Banco Hipotecario Nacional, con 100.000 escrituras anuales de ubicación?

Dr. GUZMAN — Eso no sería nada, sino los 100.000 ranchitos que se levantarían anual y simultáneamente en toda la nación; para que cada conscripto licenciado, lleve a su criollita para que con ella y... con amor fecundo... multipliquen a la sordina... los factores de progreso nacional.

REPORTER — (*Aproximándose al doctor Rodríguez*). Esto es muy importante para nuestras chicas; se descubre una orientación positiva para el casorio, ¡pobrecitas! ya no saben qré hacer, ni qué mostrar, con tal de casarse; y es justo, doctor, pensar en ellas, porque también quieren...

Dr. GUZMAN — ¿Qué quieren?

REPORTER — ¡Pero doctor! ¿Qué quiere que quieran? sino la alegría de la luna de miel... que cada día la ven más lejos...

Dr. RODRIGUEZ — Efectivamente. Es urgente casarlas, y para ello le impondremos a cada conscripto licenciado, la obligación de unirse en matrimonio para merecer el título de propietario.

REPORTER — De lo contrario...(

Dr. RODRIGUEZ — No habrá propiedad ni alpiste. Debemos hacer porvenir a los dos... o si no, nada.

REPORTER — (*Dándose vuelta y en dirección a su escritorio, muy contento y restregándose las manos*). ¡Esto sí que es un verdadero programa! ¡Aquí no hay grupo! «¡100.000 casorios anuales!»

Dr. RODRIGUEZ — ¡Sí, señor! 100.000 casorios anuales; y está de más que le diga, que yo ya los veo, en pocos años, a padres e hijos, treparse el uno sobre el otro en un gigantesco esfuerzo, hasta la parte más alta de su ranchito, para colocar allí la banderita del abuelo, decirnos después con arrogancia: «esta es la mejor manera de hacer argentinismo puro, sin importaciones».

REPORTER — Este final es muy importante y lo debejos subrayar. *Argentinismo puro, sin importaciones...*

Dr. GUZMAN — Todo está bien, doctor, en nuestro plan de movilización general; pero me asalta una sola preocupación, tal vez,... insalvable...

REPORTER — (*De súbito salta de su asiento, pega un puñetazo sobre la mesa y se para frente al escritorio en actitud de interrogación*)., ¿Cómo puede impedirse esta gran idea nacionalista sin agravios para nadie?

Dr. RODRIGUEZ — (*Demuestra, a su vez, una*

gran preocupación). ¿Qué puede ser?

Dr. GUZMAN — El qué dirá de los vecinos, que inquietos y recelosos, nos estarán mirando con telescopio o escuchando con la radio, la batahola infernal que se produciría en cada provincia y en cada aniversario patrio...

REPORTER — ¡Ah, sí! ¡Ya caigo! Redoblar de tambores... relincho de caballos... ruidos musicales de marchas y dianas, ¿no es verdad?

Dr. GUZMAN — Sí; y alegría indescriptible de gente que pasa...

REPORTER Y Dr. GUZMAN — (*Ansiosos se acercan al doctor Rodríguez*).

REPORTER — ¡Sí, doctor! Tenemos que buscar un justificativo muy importante, sin réplica...

Dr. GUZMAN — Para que se queden chitos... y para que, más tarde, nos imiten.

Dr. RODRIGUEZ — ¡Y bien! Les diremos a esos vecinos, que es la República que pasa, con su juventud dorada, con bandas, trompetas y clarines, que imprimen compás a su marcha de San Lorenzo; para reverenciar a Santa Fe; Santiago; Catamarca; Jujuy y a cada una de las provincias argentinas, en la persona de su primer mandatario; para que, sintiéndose a su vez, Presidente de la Nación, manifieste a esos vecinos, que este desfile, es dé amor, de trabajo, de confraternidad nacional; porque renueva con la frescura de la juventud, el cariñoso beso que se dieron las provincias unidas del Río de la Plata, el 9 de Julio de 1816.

BAJA EL TELON

CUARTO ACTO

(1er. Cuadro)

En casa particular del doctor Rodolfo Guzmán. Contiguo al escritorio se encuentra una antesala con un piano.

ESCENA I

(*Beatriz e Isolina acomodan, como de costumbre el escritorio del señor*).

BEATRIZ — Estoy muy contenta, Isolina. Hoy cumplen los cinco meses de la cuarentena impuesta a mi marido, por consejo del doctor Rodríguez. He sido, indudablemente, muy cruel con él durante este tiempo... pero, ¡qué le iba a hacer! las instrucciones del doctor Rodríguez fueron tan inexorables, que nunca pude conseguir ablandar su corazón, ni con café, ni con licor, ni con nada!... Cada vez que le hacía alguna sonrisa amable o le dedicaba alguna galantería, él ya me adivinaba a

dónde iba o qué perseguía... y siempre se anticipaba, contestándome con su frasecita: «nunca es tarde cuando la dicha es buena».....

Por fin... llego al día de hoy, Isolina, cansada de esperar la dicha suprema de mi nuevo amor... que palpito... nace más ardiente que nunca!...

(*En tono cariñoso*). Ya nada ni nadie me arrebatará a mi Rodolfo. (*Con arrogancia*). ¡Está completamente regenerado! La compañía de don Severo ha sido de una eficacia estupenda, pues, no piensa, si no para mí... para nuestros hijos.

En una palabra; (*con gran satisfacción*), se ha vuelto un hombre ¡digno y respetable!... Hoy es el centinela permanente del honor de su casa y ¡guay! de aquel que se atreva a faltarme el respeto..., es capaz de romperle todos los huesos, sin dejarle uno sano.

Todas estas circunstancias, ¡claro está! han hecho que lo quiera con toda el alma... ¡Sí, Rodolfito!... (*tomando un retrato de encima del escritorio*). ¡Te quiero con toda mi alma!... y nunca me arrepentiré lo bastante de haber pretendido separarme de ti... ¡Perdóname, Rodolfo!... (*sigue dando besos al retrato*). ¡Ha sido por esas malditas bataclanas!... son tan perversas!... (*Hace ademán de llorar y se pasa el pañuelo por los ojos*).

ISOLINA — La verdad, señora, Don Severo ha sido «muy severo» con Vd., pero será para su bien, porque el señor la quiere mucho..., pero muchísimo..., señora. Me consta por varios motivos que después se los explicaré.

BEATRIZ — (*Reacciona fuertemente con alegría*). ¡Ya pasó... por felicidad!... Ahora preparemos el encuentro con él:... (*Salta de alegría y con el retrato en la mano, hace ademán como que se olvidaba de colocarlo en su lugar, deposita otro*

beso). ¡Pero... ¿qué hago? A él no corresponde que se lo dé al aire... (*con arrogancia*). Para él tiene que ser personalmente!... no uno! sino mil! un millón!... ¡todo lo que pueda el intenso querer de mi corazón!

(*Vuelve a saltar de alegría por el salón*).

Y ahora, cumpliendo con otra de las instrucciones de mi médico jurídico: de que el coqueteo a mi marido, lo debo hacer permanentemente como si siempre estuviera yo de novia, me acuerdo que estando en ese estado, le cantaba algunos romances de amor... ¡que le llegaban al alma! ¡y a mí también, desde luego!...

En consecuencia, voy a repasar esos romances lo mejor que pueda para que el encuentro de los cinco meses sea lo más dulce posible!...

Vd., Isolina, vigile desde el balcón la llegada del señor, porque ahora no más debe llegar. Me habló hace un momento por teléfono desde la Cámara, para anunciarme que viene en busca de algunos papeles...

Inter-tanto, yo repasaré la música...

ISOLINA — (*Se aproxima al balcón*).

BEATRIZ — (*Se sienta en el piano y canta su primer romance*)...

... ...

(*Si el público pide que repita, agarrando otra música de sobre el piano, dice*:)

Este otro romance también le agradaba mucho...

(*Canta su 2° romance*).

... ...

ISOLINA — ¡Señora! ¡Señora! ¡Ahí viene el señor!...

BEATRIZ — Muy bien. Ahora, váyase, Isolina. Déjeme sola.

ISOLINA — Con permiso, señora. (*Se retira*).

BEATRIZ — (Agarra el ramo de flores). Haré que me sorprenda con las flores en la mano y me descubrirá que he sido yo y no Isolina, la que colocaba las flores en el florero. ¡Qué alegría será para él! ¿y para mí? ¡no te digo nada, Beatriz. (*Hace gestos de satisfacción*). (*Canta estando en medio del salón*): «Nunca es tarde cuando la dicha es buena».

ESCENA II

RODOLFO — (*Entra de la calle y se sorprende con Beatriz en el salón*). Exactamente digo yo, Nunca es tarde cuando la dicha es buena; pero, desgraciadamente para mí, esa dicha no viene, se hace demasiado tarde, que, de seguir así!...

BEATRIZ — (*Finge turbarse, no sabiendo si sigue adelante o si retrocede*).

Dr. GUZMAN — ¡Pero Beatriz! ¿Por qué quieres seguir simulando una indiferencia que no sientes? ¿Acaso no te he dado pruebas suficientes de mi completa transformación... de mi lealtad o de mi intenso cariño? ¿Quieres más... aún?

BEATRIZ — (*Cariñosamente*). ¡No, Rodolfo! ¡No quiero más!... Es demasiado suficiente lo que has hecho. ¡Estoy muy contenta!

Dr. GUZMAN — ¿A qué viene, entonces, tu empeño en hacerme creer, que es Isolina la que pone flores frescas en el florero, cuando eres tú desde el primer día?

BEATRIZ — ¿Cómo sabes eso?

Dr. GUZMAN — Porque Isolina me lo dijo; y yo, loco de alegría, le dupliqué el sueldo desde entonces.

BEATRIZ — (*Sonriendo*). ¡Qué pícara! y no me ha dicho nada...

RODOLFO — ¿Y para qué hubieras querido que te dijera, cuando le recomendé que no te lo hiciera saber?

BEATRIZ — Sencillamente (*en tono dulcemente cariñoso*) porque también... le hubiera duplicado el sueldo.

RODOLFO — ¿Pero, entonces... Beatriz?

BEATRIZ — (*Dulcemente cariñosa*). ¡Sí... Rodolfo! Estoy profundamente enamorada de nuevo y hoy más que ayer, porque observo en ti un comportamiento muy digno y respetable! ¡Me has conquistado para siempre! ¡Soy tuya... para toda la vida!... (*Se entrega en brazos de Rodolfo, en un beso prolongado*).

ESCENA III

CLOTILDE — (*Entra como de costumbre en el estudio del doctor Guzmán a esperar allí a su esposo, que vendrá en su busca después de terminada la sesión de la Cámara, y se encuentra con el espectáculo emocionante del beso; hace ruidos para que la sientan...*)

RODOLFO Y BEATRIZ — (*No hacen caso del ruido y siguen... como olvidados del mundo. Se acomodan más fuertemente*).

CLOTILDE—(*Hace de nuevo ruido más fuerte.*)

RODOLFO Y BEATRIZ — (*Lo mismo, no le hacen caso, siguen imperturbables con más entusiasmo y calor que nunca*)...

CLOTILDE — (*Con mucha entonación*). ¡¡Ay! Jesús! ¡Qué imprudencia he cometido!

RODOLFO Y BEATRIZ — (*Se turban al principio, pero en seguida reaccionan*).

BEATRIZ — Venga, Clotilde. No se vaya, porque, total, es el beso intenso y cariñoso que nos ha-

bía aconsejado su esposo. Hoy cumple los cinco meses de la cuarentena y era justo que nos lo diéramos con algún entusiasmo, ¡después de tanto tiempo!...

RODOLFO—¡La verdad, señora, que ya no podíamos aguantar más...! Yo, por lo menos, estaba enloquecido...

BEATRIZ — ¡Y yo, también!

CLOTILDE — ¡Qué suerte y qué felicidad! Me alegro tanto que de nuevo se hayan comprendido, es tan agradable la vida del hogar y de la familia, cuando los esposos se corresponden con sincero amor, que podría decirse sin equivocación, que en ello está la verdadera dicha de la vida!

RODOLFO — Su esposo es el responsable de esta nueva dicha que ha nacido en nuestra casa. El ha evitado nuestro derrumbe con la clarovidencia de un buen padre de familia... y es muy justo que le debamos gratitud para siempre y con toda el alma...

BEATRIZ — (*Abrazando a Clotilde*). ¡Sí, Clotilde! A él le debemos nuestro nuevo infinito amor... ¡Quiera Dios que sea para toda la vida...! (*Deposita un beso en la mejilla de Clotilde*).

RODOLFO — Y fué tan amable conmigo, que, para libertarme de las carreras, me invitaba todos los domingos a ir al Tigre a remar, diciéndome que esa era la distracción predilecta de nuestro gran Sarmiento; que allí, a la luz del sol radiante y del aire puro, templaba sus nervios y concebía para su gobierno las grandes ideas que inmortalizaron su nombre. (*De pronto se desespera por el tiempo transcurrido*). ¡Caramba, señora! He venido por un momento a buscar unos antecedentes para Rodríguez, porque hoy tenemos un debate tempestuoso en la Cámara.—Se discuten los proyectos de libe-

ración económica que hemos confeccionado con él, y ya me he demorado más de media hora...

¡Perdóneme, en consecuencia, Clotilde! Queda Vd. en su casa, en compañía de mi simpática Beatriz. (*Se despide cariñosamente*). ¡Hasta luego! (*Sale apurado*).

CLOTILDE — ¡Hasta luego, doctor!

BEATRIZ — No dejes de acompañar en todo momento a don Severo.

RODOLFO — Está demás que me lo recomiendes...

CLOTILDE — Muchas gracias, Beatriz.

BEATRIZ — (*Dirigiéndose a Clotilde*). Volviendo a nuestro tema interrumpido del feminismo. ¿No le parece que debamos hacer algo para secundar la campaña moralizadora en que está empeñado su esposo? Me refiero, desde luego, a todo lo concerniente a nuestro sexo.

CMOTILDE — Yo creo que sí, y nunca se justificaría más esta cooperación que en los actuales momentos de subversión total de valores; sobre todo que el Consejo Nacional de Mujeres, nada hace por levantar el concepto de la dignidad femenina que se encuentra vulgarizada y en pendiente peligrosa. Al contrario, con su silencio y tolerancia permite que se marche al revés en muchas cosas: faldas cortas, desnudeces incompatibles, playas comunes, cabarets, juego, copetín, ruleta, cigarrillos, tapete verde!...

BEATRIZ — (*Con desesperación*). ¡Qué horror! ¡A qué extremos hemos llegado, Clotilde!...

CLOTILDE — (*Indignada*). ¡El círculo de las honestas, arrastrado por el círculo de las deshonestas a sus modas y costumbres deshonestas!... (*Con arrogancia*). ¡Todo completamente al revés de lo

qeu debe ser!... La verdad es que ha habido en esto mucho descuido o mucha falta de carácter, al no haberse impedido esta inversión de valores, tanto más criticable, cuanto que se ha llegado a una confusión absolutamente intolerable, porque nadie distingue hoy lo uno de lo otro.

BEATRIZ — ¿Qué le parece si organizáramos una nueva liga feminista que vele con más carácter por la dignidad y personalidad femenina?

CLOTILDE — Encantada, pero... ¿qué le pasará hoy a Severo en la Cámara? ¡Estoy sumamente intranquila... porque ha recibido muchos anónimos de que lo matarían! (*Se pasea nerviosa*). ¡¡No vaya ser que, en realidad, le pase algo!... ...

Vd. sabe, Beatriz, que la gente es muy mala y perversa; y, por más que Severo es bueno y generoso con todo el mundo, son virtudes éstas, que en la actualidad no se tienen en cuenta para nada ni por nadie.

(*Se pasea más nerviosa*).

... ...

¡Me palpita el corazón muy fuerte!

¡Con seguridad que a Severo le ha pasado algo extraordinario!...

BEATRIZ — ¡Escuchemos entonces con la radio!... (*Se acercan las dos a escuchar la radio*).

CLOTILDE — (*De pronto suelta el aparato, nerviosa y desesperada*).

¡No le digo, Beatriz! ¡Se producen tumultos escandalosos y lo insultan a mi marido!

Todos gritan.....

(*El áltoparlante dice*: ¡Que lo saquen a ese loco visionario!...

(*La barra en coro*): ¡Que lo saquen!!

(*Desesperada y angustiada, se pasea por el sa-*

lón). ¡Dios mío! ¿Qué le pasará a mi pobre Severo).

(*Desconsolada, se cae sobre un sofá a llorar amargamente*).

BEATRIZ. — (*A su vez angustiada*). ¡Cálmese, Clotilde! ¡Todo pasará! ¿No vé que estos escándalos se producen a diario y nunca ocurre nada? ¡Son tormentas de jarabe de pico, y nada más!...

... ...

(*De pronto el alto parlante vuelve a transmitir un ruido escandaloso; suena la campana de alarma de la Cámara y voces que dicen*: ¡Muera el doctor Rodríguez! ¡Que lo echen a ese correntino mistificador!)

CLOTILDE — (*Reacciona y furiosamente se pasea por el salón*). ¡Son unos salvajes! ¡Todos contra uno! ¡Qué vergüenza!... ... ...

... ...

¡Son unos cobardes! ¡Unos verdaderos miserables!...

... ...

(*Con arrogancia*). ¡Me voy a defender a Severo!......

BEATRIZ — ¡Pero, Clotilde! ¡Cálmese! ¡Si ya le he dicho que son tormentas de jarabe de pico y nada más!

CLOTILDE — ¿Vd. cree que, en realidad, no sacarán revólver?

BEATRIZ — ¡No, Clotilde! ¡Qué esperanza!

CLOTILDE — (*Se tranquiliza*). Si fuera así... estaría tranquila...

(*De pronto se oye a lo lejos una manifestación que viene gritando*).

¡Abajo el cretino Rodríguez!

(*Coro en voz baja*). ¡Abajo!

CLOTILDE — (*Se vuelve a desesperar*). ¿No oye, Beatriz? ¡Viene una manifestación contraria injuriándolo!

BEATRIZ — Porque su esposo vale. Si no valiera nada, ni los perros lo seguirían; y además, perros que ladran, no muerden...

(*La manifestación llega ya a los balcones de la casa y se oye de nuevo un grito más fuerte*). ¡Muera el doctor Rodríguez! (*Coro muy fuerte*). ¡Muera!!

ESCENA IV

Dr. RODRIGUEZ — (*Entra en escena, vendada la cabeza; el brazo izquierdo dislocado y también vendado, sostenido por un pañuelo colgado del cuello. Mitad del cuello desabrochado y el saco medio puesto. Le acompañan el doctor Guzmán y otros amigos de la Cámara*).

Dr. GUZMAN — (*Grita al entrar*). ¡Viva el doctor Rodríguez! (*Todos en coro*). ¡Vivaaa!!!

CLOTILDE — *Sale al encuentro y abraza a su esposo llorando*).

Dr. RODRIGUEZ — (*Le da un beso cariñoso a su esposa, y sostenido por ella y Beatriz, camina despacio, cojeando hacia el sofá, donde se sienta con dificultad*).

CLOTILDE — ¿Pero qué te ha pasado, mi viejo querido?

Dr. RODRIGUEZ — (*Habla con dificultad*). ¡Nada, Clotilde!... Tenía que haber sucedido! La reacción de los intereses creados ha sido excesivamente violenta.

Defendiendo mis proyectos de liberación econó-

nómica, se produjo el escándalo más grande que jamás haya registrado el parlamento; un diluvio de patadas y trompadas, silbidos colosales y una gritería infernal me saludaron frenéticamente.....

CLOTILDE — ¡Qué perversidad!

Dr. RODRIGUEZ — ¡Pero, no te aflijas, querida! Felizmente ya pasó, sin mayores consecuencias; nada más que el brazo dislocado y varios chichones en la cabeza. (*Hace indicaciones*)...

CLOTILDE — ¿No tendrás alguna costilla rota?

Dr. RODRIGUEZ — No querida. Tengo únicamente machucadas las carnes.

CLOTILDE — ¡Menos mal!...

Dr. RODRIGUEZ — Hazme el favor, Clotilde, de traerme un poco de cognac; quiero levantar el ánimo para seguir batallando con más coraje. Recién ahora me gusta la cuestión...

BEATRIZ — No se moleste, Clotilde. Yo le voy a traer...

Dr. RODRIGUEZ — Muchas gracias, Beatriz...

Dr. GUZMAN — Indudablemente que la reacción tenía que haber sido violenta. ¡Son tan respetables los intereses creados!

ACOMPAÑANTE 1° — De cualquier manera, era muy conveniente este debate, porque así se abren los ojos que están vendados a la realidad de las cosas: subversión total de valores y plena guerra civil de destrucción fratricida.

Dr. GUZMAN — ¿Recuerda, doctor, que cuando Vd. hablaba del hambre en las provincias y la conveniencia de organizar las cantinas populares, uno de los diputados le dijo, (*con arrogancia*) que era falso eso del porcentaje de conscriptos rechazados?

Dr. RODRIGUEZ — Sí; pero yo le contesté que lo había declarado el ex gobernador de Jujuy,

doctor Villafañe, en un discurso pronunciado en el banquete de la Unión Industrial Argentina; y además, que tenía el dato ratificado del Ministerio de la Guerra.

BEATRIZ — (*Trae y le entrega a Severo la copita de cogñac*).

Dr. RODRIGUEZ — Muchas gracias... señora.

ACOMPAÑANTE 2° — Y cuando habló de la creación del banco para la Clase Media, ¿no se dió cuenta, doctor, que todos echaron una carcajada estrepitosa, diciéndole que el Congreso de Empleados Públicos no lo había reclamado?

Dr. RODRIGUEZ — ¿Qué culpa tenía yo, si ese congreso era opaco y no conocía sus deberes?; —además, era curioso el argumento—desde que la Clase Media no la constituye solamente los empleados públicos, sino las dos terceras partes de la población total del país; y es perfectamente injusto, que esta inmensa población, no tenga para sus necesidades ordinarias, una institución bancaria o de crédito. Por lo visto, para ellos, esta clase media no tiene derecho a la alegría de la vida...

Dr. GUZMAN — En esos momentos estallaba la barra con una silbatina espantosa y gritos destemplados: «¡abajo el doctor Rodríguez!» ¡que lo echen!»

Dr. RODRIGUEZ — ¡Ya empezaban los intereses creados!... Felizmente el Presidente la hizo desalojar... (*La manifestación de la calle grita*:) ¡Muera el loco Rodríguez! (*En coro*). ¡Muera!!

Dr. RODRIGUEZ — ¡Ahí están los Judas modernos que cobran para traicionar!...

Dr. GUZMAN — ¡No les haga caso! ya se cansarán y tranquilamente se irán a su casa...

ACOMPAÑANTE 3° — Y cuando Vd. se refería al Banco Comanditario Argentino y a las reser-

vas generales que deben hacerse y centralizarse, como punto de coincidencia indispensable para llegar a la tan anhelada paz social, amplia y honrosa para todos, ¿se dió cuenta que el diputado socialista De Tomaso le interrumpió preguntándole cómo se ampararía a la clase obrera?...

Dr. RODRIGUEZ — Sí, me dí cuenta; pero yo creo que le contesté bien: que en cada caso de comandita industrial que realizase el banco, la parte de utilidades que a él le correspondiere, se dividirían por partes iguales con los obreros; es decir, que la fórmula sería: 50, 25 y 25...

ACOMPAÑANTE Nº 1 — Pero otro diputado socialista, creo que Repetto, le preguntó a su vez, ¿por qué se daba carácter mixto a estas instituciones?

Dr. RODRIGUEZ — ¡A ese le dejé seco con la contestación!: «la patria, le dije, debe estar haciendo patria y humanidad en todas partes; y debe constituir un latido en cada corazón de los que diariamente laboran su grandeza».

Dr. GUZMAN — De nuevo se oyeron voces destempladas...

Dr. RODRIGUEZ — Pero los socialistas me aplaudían por aquello de patria y humanidad, y esto me bastaba!...

ACOMPAÑANTE 1º — Pero donde Vd. estuvo magistral, (*lo palmea fuertemente*)....

Dr. RODRIGUEZ — ¡Ay, querido! (*se encoje de hombros*) ¡No me golpee tan fuerte; si estoy machucado!...

ACOMPAÑANTE 1º — Discúlpeme, doctor.... No me acordaba. Le quería decir... que donde usted estuvo magistral, ha sido cuando refiriéndose a la colonización de nuestras tierras, por nuestros conscriptos, los diputados le interrumpían con gritos

de: ¡cállese, charlatán! ¡atrasado! si ya tenemos resuelta la colonización con capitales extranjeros; y estamos en pleno consorcio!... usted les contestó con arrogancia: ¡cállense Vds. que son los atrasados!, porque en el afán de extranjerizarlo todo, no se dan cuenta de que, en cuanto nos descuidemos...

Dr. RODRIGUEZ — Naturalmente... ¡nos reventarán, (*l eva enhorquetados los de los de la mano derecha a la garganta y hace el sonido gutural característico del acogotamiento*) como en Nicaragua!

BEATRIZ — ¿Y aquí terminó la escena, doctor?

Dr. RODRIGUEZ — ¡Qué esperanza, Beatriz! Todavía no había comenzado el sainete... Faltaba lo más gordo... Les hice un chiste formidable, un verdadero mazazo que me costó bastante caro... ¡casi la vida!

CLOTILDE — ¿Qué broma ha sido esa tan pesada?

DR. RODRIGUEZ — Sencillamente, preguntaba a todos los diputados constitucionalistas, si el juego en sus distintas manifestaciones: carreras, ruletas, loterías, quinielas, etc., promovía el bienestar general o promovía la desgracia general? ¿Para qué habré hecho esta pregunta? Todos los carreristas, ruleteros, quinieleros, y hasta los morfinómanos, etc., se levantaron de sus asientos como leche hervida y en todos los tonos me injuriaban.

Muchos de ellos, como salvajes, se me vinieron al humo a trompadas y patadas; otros, más educados, me tiraron con los libros que tenían sobre el pupitre... haciéndome estos chichones en la cabeza (*hace indicaciones*). Todos, en fin, con excepción de los socialistas, festejaban a mandíbula batiente y con ruidosa carcajada, la ocurrencia del chiste

¡qué gracioso, eh! me decían. ¡Esto le pasa para que otra vez no se meta a zonzo! Fué una gresca terrible!... hasta que tuvo que intervenir...

CLOTILDE — ¿El cuerpo de bomberos?

Dr. RODRIGUEZ — No, hija... la campana de alarma. (*Todos se ríen*). Hecha de nuevo la calma, empecé con más bríos mi peroración, y les dije si no tenían vergüenza en tolerar que en casi todas las provincias, el quinielero entraba a las casas de familias como quien reparte pan o leche, gritando: (*con entonación*) ¡quinielero! y que luego, la madre ,indi ando a su hijo de 6 años le mandaba decir: decíle, nene.... que hoy jugamos al 7 de la Nacional; que mañana, al 7 de la de Tucumán; que pasado, al 7 de la de Buenos Aires; que traspasado, al 7 de la de Córdoba; decíle ¡en fin!, que tenemos chifladura por los 7 de todas partes...

Con este nuevo chiste, recrudecieron las trompadas y patadas; y, repeliendo estos ataques colectivos, me fuí de bruces al suelo dislocándome el brazo...

Furioso e indignado, no pude contenerme más. En medio de esa batahola infernal en que todos hablaban simultáneamente, me levanté e hice oír mi voz vibrante. Apostrofando, dije: (*paseándose y con fuerte entonación y arrogancia*:)

¡Señor Presidente!

Si bien caigo vencido por los intereses creados, me queda el derecho legítimo de manifestar que, por más que se me diga lo que se me dice de que soy un iluso... un loco visoinario, se olvidan los que así me tratan, de que me hacen un honor inmerecido de compararme ¡nada menos! que con los grandes hombres que iluminaron con su genio los destinos de la humanidad.

Se olvidan los que así me tratan, señor Presidente, a trompadas y patadas, que nunca pondrán vallas a la libre expresión de mi pensamiento, ni ahogarán el grito de protesta que sale de lo más íntimo de mi conciencia y de mi corazón, al decir: que por respetables que sean los intereses creados, más respetables son, desde luego, la tranquilidad social y el porvenir de la Nación, que se comprometen a cada rato y con cada uno de los que caen diariamente a engrosar las filas de los necesitados...

¡Basta ya de miserables, señor Presidente! porque debemos tener en cuenta que los que caen son argentinos..., padres de familia, o factores de progreso indspensables para hacer la grandeza de la República.

Y que, — de seguir así las cosas — aumentando sin medida este ejército de miserables, llegará el día ¡no lo dudéis!, que se ahogará la marcha normal del país; y entonces, cuando ya tarde, recordarán del loco Rodríguez que se cansaba de repetir en este recinto, que estamos cumpliendo al revés y en forma criminal, los principios esenciales de promover el bienestar general!

(*El coro de la calle*): ¡Abajo el doctor Rodríguez!

(*Todos en coro*): ¡Abajo!!

BAJA EL TELON

CUARTO ACTO — 2° CUADRO

ESCENA DEL BAILE

Recepción social y baile en la casa del doctor Rodolfo Guzmán con motivo del bautismo de su nuevo hijo Severo.

La casa del doctor Rodolfo Guzmán aparece deslumbrante de lujo, confort y buen gusto.

Festeja el bautismo de su nuevo vástago, que en reconocimiento a su socio doctor Rodríguez, le ha puesto el nombre de Severo y lo ha designado padrino de olios.

Las señoras y señoritas lucen nuevos modelos elegantes y primorosamente retocados; faldas largas hasta la parte superior del tobillo, brazos medio cubierto hasta el codo, o bien cubiertos con encajes o cualquier otro adorno. Escotes no tan exagerados.

Cada dama luce, además, un espléndido peinado, ondulado y enrulado cuidadosamente hechos, con peinetones de carey con brillantes.

Nada de pinturas repugnantes, ni en los labios, ni en los ojos, apenas un suave y delicado rosadito en las mejillas. Polvo sin exageración.

En una palabra; las señoras y señoritas apare-

cen en escena, con sus verdaderos encantos femeninos al natural, sin ningún artificio. Los zapatos y medias hacen juego con los trajes.

Los caballeros de rigurosa etiqueta, vestidos de frac y chaleco blanco, zapatos de charol de baile con una flor en el ojal: blanca, punzó o lila.

ESCENA I

Las parejas bailan un valser con exquisita distinción. La orquesta ejecuta sus piezas de baile entre bastidores.

La señora Beatriz baila con el doctor Rodríguez, y la señora Clotilde con el doctor Guzmán.

... ...

Se termina el baile. Las parejas se pasean y conversan en voz baja a la usanza de otros tiempos, mientras que las dos parejas principales, se reunen haciendo un aparte, para hacer el comentario de la fiesta.

Dr. RODRIGUEZ — Estoy francamente entusiasmado con esta fiesta, señora Beatriz. Marcará una época en los anales de nuestro mundo social. La felicito sinceramente.

BEATRIZ — Muchas gracias, doctor...

Dr. RODRIGUEZ — Sí, porque hemos demostrado tener el carácter de gobernar nuestra casa, y a nuestras mujeres, imponiéndoles el capricho de modas honestas y convenientes.

Dr. GUZMAN — De la misma manera y con mayor razón, con que lo hacen los modistos de París.

BEATRIZ — Con la diferencia importante de que ellos nos gobiernan con fines exclusivamente comerciales, mientras que Vds. nos gobiernan patrióticamente, con fines sociales...

CLOTILDE — Naturalmente, porque el hogar y la familia juegan un rol muy importante en estas cuestiones aparentemente sin importancia...

ISOLINA — (*Se aproxima a la señora*) ¡Señora! ¡Señora!... ¡Se ha despertado el nene!

Dr. RODRIGUEZ — ¡Ah, pero muy bien! (*Contento*). Tráigamelo a mi ahijado, quiero verlo..

BEATRIZ — Sí, Isolina, tráigalo...

RODRIGUEZ — ¿Y qué me dicen Vds. de los motivos de esta fiesta? ¡Tenía que haber sucedido!! ¿Verdad, señora Beatriz?

BEATRIZ — (*Dulcemente cariñosa*). ¡Sí, doctor! ¡Tenía que haber sucedido! El encuentro y la reconciliación ha sido tan feliz, ¡pero tan feliz!... que no era posible dudar de la eficacia terapéutica aconsejada...

Dr. RODRIGUEZ -- ¡Pero encantado, señora! Siga aplicando tranquilamente este método terapéutico, porque reconforta tanto el ánimo y la vida, que no conviene olvidarse tan ligeramente de él...

Dr. GUZMAN — Y como de la unión de dos, se hacen tres, luego cuatro, después cinco... ¡vaya a saber hasta cuántos!

BEATRIZ — (*Agarrándose la cabeza*). ¡Ay Dios mío, qué suerte me espera!... (*Se desmaya en brazos de su esposo*).

CLOTILDE — (Sale corriendo en busca de agua colonia y de regreso) Aquí está el agua colonia (se la pone en las narices para que absorba el perfume, y luego, al poco rato, reacciona y dice:)

BEATRIZ — ¡Ya pasó felizmente!

Dr. GUZMAN — (En tono cariñoso) ¡Pero Beatríz! ¿Porqué te has afectado tanto si yo estaba hablando en tesis general, para llegar al prin-

cipio universal de que, *de la unión nace la población*?

BEATRIZ — Si es así ¡perdóname Rodolfo! me precipité sin querer... queriendo...

ESCENA II

ISOLINA — (*Entra con el nene en brazos, bien peinado y perfumado. Dirigiéndose al padrino:*) ¡Tómelo, doctor!...

Dr. RODRIGUEZ — (*Lo agarra, lo acaricia... lo besa... y dirigiéndose al público con entonación y arrogancia, haciendo indicaciones con el dedo índice de la mano derecha*).

Mirá, nene... decíle a estos señores que te escuchan: «¡aquí estoy yo!» entre los dos puntales que harán de mí un gran ciudadano: «el porteño y el provinciano».

(*Siempre con entonación*). Decíle, nene, a él y a ella, que también te escuchan, y que por andar a la moda, ya no te quieren, ¡qué tontos!... si soy—aunque pequeño,—el poderoso sostén del hogar; el mejor reconstituyente para la salud de los dos; el faro que ilumina en las tempestades borrascosas; y el corazón que habla con bondad infinita para salvar la nave del naufragio.....

Repetíle, nene, a él y a ella, que también te escuchan, y que por andar a la moda ya no te quieren, ¡qué tontos!, si constituyo la alegría de la felicidad; el infinito que no se acaba; la flor que no se marchita ¡y que por mí! (*con arrogancia*) la humanidad no se apaga...

(*Siempre con entonación*). Volvéles a repetir, nene: ¡qué tontos! si constituyo el más dulce aci-

cate para embriagarse con el licor de la vida, haciendo los factores de progreso indispensables que la patria necesita para propulsar su grandioso porvenir.

BAJA EL TELON

INDICE

Pág.

Al lector... 11
Acto primero 15
Acto segundo 33
Acto tercero 73
Acto cuarto (1er. cuadro) 113
Acto cuarto (2° cuadro) 131

Dióse fin a la
impresión de
este libro a XX
días del mes de
Diciembre de
MCMXXVII
por los Talleres
Gráficos de la
Editorial Tor.

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJEC
1990-92

This BOOK may be kept out TWO WEEKS
ONLY, and is subject to a fine of FIVE
CENTS a day thereafter. It was taken out on
the day indicated below:

9 - NOV

University of N.C. at Chapel Hill
0001490083 2